

EL CUENCO Y EL BASTON

120
CUENTOS
ZEN



MAESTRO
TAISEN
DENNYOKU

LIBRO DE ORO

Annotation

En estos ciento veinte cuentos e historias, algunas de las cuales se remontan a la vida de Buda, hace dos mil seiscientos años, descubrimos la formidable carga de humor del Zen y todo el poder de despertar el espíritu. Sin embargo, no nos equivoquemos, cada una de estas narraciones nos abre puertas y cuenta una manera de ver la realidad. La historia, la leyenda conducen a una verdad profunda y llevan en ellas un sentido interno. Un proverbio Zen nos dice que cuando se os muestra la luna, hay que mirar la luna y no el dedo que la señala. Lo mismo sucede con esta recopilación. *****

El Cuenco y el Bastón (120 cuentos Zen)

Taisen Deshimaru

Traducción: Paco Villalba

COLECCION: VISION-ZEN Título original: Le bol et le bâton 120 contes Zen Revisión y corrección: Jorge A. Sánchez Diseño portada: Estudio Symbol © Editions Retz © de la versión en castellano VISION LIBROS, S.L. Estos textos han sido recogidos por Alain Liebmann, Liliane Najjar, Anne-Marie Fabbro, Evelyn et Marc de Smedt. Edita: VISION LIBROS, S.L. c/ Las Torres, 77-79 Tel. 359 07 06 Barcelona-33 Todos los derechos reservados para los países de habla hispana ISBN: 84-85456-47-5 Depósito Legal: 36327-1981 Impreso en Gráficas Porvenir. Lisboa, 13 Barberá del Vallés (Barcelona) Impreso en España — Printed in Spain

En estos ciento veinte cuentos e historias, algunas de las cuales se remontan a la vida de Buda, hace dos mil seiscientos años, descubrimos la formidable carga de humor del zen y todo el poder de despertar el espíritu. Sin embargo, no nos equivoquemos, cada una de estas narraciones nos abre puertas y cuenta una manera de *ver* la realidad. La historia, la leyenda conducen a una verdad profunda y llevan en ellas un sentido eterno. Un proverbio zen nos dice que cuando se os muestra la Luna, hay que mirar la Luna y no el dedo que la señala. Lo mismo sucede con esta recopilación.

M. de S.

El sabor del Zen

Minagawa Shunzaemon, un célebre poeta muy apegado a la rima y adepto del Zen, oyó hablar de un célebre maestro zen, Ikkyu, jefe del Templo de Daitoku-ji, situado en la región de los campos violetas. Quiso ser su discípulo y le hizo una visita. En la entrada del templo entablaron el diálogo. Ikkyu preguntó: —¿Quién es usted? —Un budista — respondió Minagawa. —¿De dónde viene? —De su provincia... —¡Ah...! ¿Y qué ha sucedido por allí en estos últimos días? —Los cuervos graznan, los gorriones gorjean. —¿Y dónde cree usted que está ahora? —En los campos violetas. —¿Por qué? —Las flores, esas glorias de la mañana... arbores, crisantemos, azafrán... —¿Y cuándo están marchitas...? —Es Myiagano (un campo célebre por la belleza de sus flores en otoño). —¿Qué sucede en ese campo? —El río fluye, el viento lo barre. Estupefacto al oír estas palabras que tenían el sabor del Zen, Ikkyu le condujo a su habitación y le ofreció té. Después improvisó los versos siguientes.-

Un manjar delicado quisiera servirle

¡Ay! el Zen no puede ofrecer nada...

Su visitante le respondió:

El espíritu que sólo puede ofrecerme nada

es el vacío original,

Un manjar delicado entre todos.

Profundamente emocionado, el maestro concluyó: ¡¡¡Hijo mío, usted ha aprendido mucho!!!

Un cuenco sobre el vacío

He aquí una famosa historia concerniente al maestro rinzai Ikkyu, que vivió hace alrededor de tres o cuatro siglos. Ikkyu era entonces un joven monje en un templo zen en el que vivía también su hermano; un día, este último dejó caer un cuenco utilizado en la ceremonia del té, y se rompió; este cuenco era tanto más precioso cuanto que había sido ofrecido por el emperador. El superior del templo le riñó severamente, lo cual hizo llorar al pequeño monje. Pero Ikkyu le dijo que no se inquietara: Tengo sabiduría. Puedo encontrar una solución. Reunió los trozos de cerámica, los puso en las mangas de su kolomo y se fue a descansar al jardín del templo, esperando tranquilamente a que el maestro volviera. En el momento en el que le vio, fue a su encuentro y le propuso un mundo: —Maestro, los hombres nacidos en este mundo ¿mueren o no mueren? —Sin lugar a dudas mueren —respondió el maestro—. El mismo Buda murió. —Comprendo —dijo Ikkyu—, pero en lo que concierne a las demás existencias, los minerales o los objetos ¿están destinados a morir? —Desde luego —respondió el maestro—. Todas las cosas que tienen forma deben morir necesariamente, cuando les llega el momento. —Comprendo —dijo Ikkyu—. En suma, como todo es perecedero, no se debería llorar ni lamentar lo que ya no es, ni enfadarse contra el destino... —¡No, desde luego! ¿Adonde quieres llegar? —preguntó el maestro. Entonces Ikkyu sacó de las mangas de su kolomo los restos del cuenco y se los presentó a su maestro. Este se quedó con la boca abierta.

El verdadero tesoro

Bodhidharma, nacido en Sri Lanka 500 años después de Jesucristo, era el tercer hijo del rey de esta región hindú. A la edad de ocho años, se podía afirmar que ya tenía el satori. He aquí porqué: Un día, su maestro, un gran monje llamado Hanny Tara, recibió del rey una piedra de un valor inestimable. El maestro preguntó a los tres príncipes: ¿Conocéis algo en este mundo que tenga un valor más grande que esta piedra? El príncipe primogénito respondió: — Solamente usted, Maestro, ha recibido este regalo, usted está en posesión del tesoro más bello de la tierra. El segundo príncipe respondió igualmente: —Aunque buscáramos toda nuestra vida, no podríamos encontrar en nuestro mundo una piedra comparable. Bodhidharma, que tenía entonces ocho años, dijo a su vez —Es un verdadero tesoro, un tesoro inestimable, pero es un tesoro de este mundo, un tesoro vulgar. También pienso que vuestra sabiduría es de un gran valor. Comprender el valor de este tesoro es igualmente una forma de sabiduría; no obstante, esta sabiduría no tiene profundidad; comprender que el diamante es una piedra preciosa, de más valor que un trozo de vidrio es sabiduría social. Y Bodhidharma añadió. —La verdadera sabiduría es comprendernos a nosotros mismos.

Algunos pétalos sobre el tatami

Rikyu, el fundador de la ceremonia del té de la escuela Chanoyu, recibió un día, como regalo, unas flores muy bellas: tsuba kides, de parte del superior del templo vecino de Daitoku-ji, en Kyoto. Un monje joven se las llevó. Justo delante de la sala de té, dejó caer las hermosas flores sobre el suelo. Todos los pétalos se separaron de golpe. No quedó más que los tallos. El joven monje, confundido, se excusó ante Rikyu, el cual respondió: —Entra en la sala de té. Delante del nicho, el tokonoma, Rikyu puso simplemente un vaso de ikebana vacío. Después introdujo los tallos de las flores y, en el suelo, sobre el tatami, alrededor del vaso, dispuso armoniosamente los pétalos. Quedó muy bello, natural, simple. Rikyu dijo entonces al pequeño monje: —Cuando has traído estas flores, eran *Shiki*: **Shiki soku ze shiki: el fenómeno es el fenómeno**. Al caer se han vuelto *Ku*, dejó de haber flores: **Shiki soku ze ku: el fenómeno es ku, Nada**. Según el sentido común habrían podido quedar tal y como estaban: **Ku soku ze ku: Ku es Ku, la Nada es Nada**. Pero ahora embellecen la estancia: **Ku soku ze shiki: Ku-Nada es el fenómeno**. Con nada, esta estancia se volvió muy bella, mucho más bella que empleando muchos elementos de decoración. Justo algunos pétalos depositados sobre el tatami alrededor de un vaso sin flores en el tokonoma. Esta historia refleja el espíritu de la ceremonia del té.

El sonido del guijarro, el sonido del Bambú

Un día en que Kyogen barría el jardín delante de la ermita, rodó un pequeño guijarro de la montaña y fue a golpear un bambú. Por este sonido, se despertó y obtuvo el perfecto satori. En el Rinzai se dice que el satori llega repentinamente. Pero ¿qué es el satori? Antes de esta experiencia Kyogen abrigaba siempre una duda. Día tras día, no estaba satisfecho. Su maestro Issan le decía: —Usted es inteligente pero ha leído demasiados sutras. ¡Su inteligencia del Zen proviene de la memoria de los sutras! Usted no puede obtener el shiho.^[1] Intente volver a la época de su nacimiento, cuando no podía comprender en qué dirección estaban el este y el oeste, y venga a hablarme de ello. Después de esto, Kyogen quemó todos sus libros, sus sutras, sus cuadernos y lloró. Dejó el dojo de su maestro, entró en la montaña y vivió solitario. Hizo zazen sólo durante un año, dos años. Un día, al oír el sonido del bambú quebrado por una piedra, se despertó totalmente y sus dudas se dispararon "Hasta hoy era estúpido". Compuso un poema:

Por un golpe, por el sonido de un guijarro,
Por el sonido del bambú,
He olvidado todo. He terminado con las ideas
que llenaban mi espíritu.
Mis complicaciones se han acabado.

Hizo sampai en dirección a su maestro, Issan, y quemó incienso. Envió el poema a su maestro, el cual dijo: —Este muchacho, mi discípulo, ha comprendido. Y le acordó el shiho. Daichi compuso un poema sobre esta historia:

Por el sonido de un choque

Olvidó todo su saber.

No quedó nada de él.

El vacío total.

Pero su satori no dependía de su cerebro.

No fue repentino.

No lo obtuvo por el bambú, ni por el viento.

No hay que decir que obtuvo el satori en ese único instante. No fue repentino.

¿Quién tiene buen sabor?

Otro Koan. Un maestro ofrece un melón a su discípulo. —¿Cómo encuentras este melón? —le pregunta—. ¿Tiene buen sabor? —¡Sí, sí! ¡Muy buen sabor! —responde el discípulo. El maestro le plantea entonces otra pregunta: —¿Quién tiene buen sabor, el melón o la lengua? Esta historia es un koan muy interesante. El discípulo reflexiona, se complica y responde: —Este sabor proviene de la interdependencia, no solamente de la del sabor del melón y la de la lengua, sino igualmente de la interdependencia de... —¡Idiota! ¡Triple idiota! —le corta el maestro encolerizado—. ¿Por qué complicas tu espíritu? Este melón está bueno. Su sabor se explica por sí solo. La sensación es buena. Eso basta. Los pensamientos personales limitan, categorizan y complican.

El pato que canta

El maestro Basho se paseaba con su discípulo Hyakujo a lo largo de un río. Vieron un pato buscando su comida... Al ser sorprendido, el pato levantó vuelo, y maestro y discípulo le siguieron con la vista. Basho y su discípulo se miraron en silencio y de pronto, bruscamente, el maestro atenzó la nariz del discípulo quien gritó de dolor. Entonces Basho le dijo. —¡Oh! ¡Allí hay un pato que canta! El discípulo miró al pato que se alejaba... Debes mirar en ti mismo, quería decirle el maestro. Sin embargo, no dijo nada de eso. El sentido de esta educación es muy interesante.

Terminar la comida, lavar los cuencos

Una historia muy célebre del maestro Josshu: —Maestro, por favor, enséñeme la verdadera historia del budismo. Josshu le respondió: —¿Has terminado tu comida? —Desde luego, Maestro, he terminado. — ¡Entonces ve a lavar tus cuencos! Toda su educación era así. Personalmente yo sigo la vía del medio: muy severo y muy amable; para los discípulos fuertes, mi enseñanza es muy fuerte; para los discípulos débiles soy muy suave.

El viento sopla

Un día de gran calor, el maestro zen Pao-Ch'e, de Maku, se abanicaba tranquilamente. Un monje se le acercó y le hizo esta pregunta: —La naturaleza del aire existe por todas partes, y el viento sopla por todas partes. ¿Por qué utiliza usted un abanico, Maestro? ¿Por qué crea usted viento? El maestro respondió: —Sabes solamente que la naturaleza del aire existe por todas partes. ¡Pero no sabes por qué sopla el viento por todas partes! Entonces el monje preguntó: —¿Qué quiere decir lo escrito en el sutra: "No hay ningún lugar en el que el viento no sople"? El maestro continuó abanicándose en silencio, el discípulo se inclinó profundamente.

¿Vivo o muerto?

El Maestro Dogo y su discípulo Zangen se dirigían a una ceremonia fúnebre. Preparaban el altar, las velas, el incienso en el ataúd. De pronto Zangen golpeó el ataúd y le dijo a su maestro: —¿Está vivo o muerto? —No lo puedo decir —respondió el maestro Dogo. Entonces Zangen le dijo: —Si no me responde, Maestro, le pego... El discípulo era fuerte, y este viejo maestro era amable y bueno. —¡De acuerdo, Zangen, golpéame! Pero de todas maneras, no puedo decir si está vivo o muerto. Y Dogo fue golpeado severamente por Zangen. Dogo, que era un gran maestro, no ofreció ninguna resistencia... Era solamente un gran maestro lleno de dulzura. Volvió a su templo y tras reunir a todos sus discípulos, dijo simplemente.- —Zangen, hoy me has golpeado severamente. Sufro mucho. Yo podría permitirte, sin embargo la regla del templo lo prohíbe. Por lo que, después de mi excomuni3n, debes abandonar este templo. Vete antes de que los demás te echen fuera. Zangen se dirigió entonces al templo de otro gran maestro, Sekito, cuyo renombre era inmenso. Le explicó el mundo

con Dogo: —Estábamos en los funerales, golpeé el ataúd y le pregunté: ¿Vivo o muerto? Mi Maestro me dijo que no podía responder. Pero seguramente había comprendido e intentaba guardar el secreto, sin querer decirme nada. Entonces le dije: Tenga cuidado, Maestro, voy a pegarle... y a pesar de mis golpes, no respondió. ¿Qué piensa usted de esto? —Tu maestro te lo ha explicado perfectamente. Su respuesta era justa. Yo mismo no puedo afirmar ¿Vivo o muerto?... No se puede responder claramente. En este instante, Zangen se despertó. Esta historia es un gran koan. "¿Vivo o muerto?..." No se puede decidir. Ni a derecha, ni a izquierda.

El oro del dedo

En la China antigua, un ermitaño un poco mago vivía en una montaña profunda. Un día, un viejo amigo le hizo una visita. Senrin, completamente feliz de acogerle, le ofreció una cena y un abrigo para pasar la noche—, a la mañana siguiente, antes de la partida de su amigo, quiso ofrecerle un regalo. Cogió una piedra y con su dedo la convirtió en un bloque de oro puro. Su amigo no quedó satisfecho. Senrin apuntó entonces su dedo sobre una enorme roca que también se convirtió en oro. Su amigo no sonrió. —¿Qué quieres pues? —preguntó Senrin. El amigo respondió: —Quiero ese dedo, córtatelo. Este hombre pensaba que el dedo era el origen del oro. Esta historia está teñida de humor, pero su significación es realmente muy profunda. La mayoría de los hombres son así.

Atrapar la oportunidad

He aquí la historia de la querrela del obrero y del judoka. El judoka le hizo un estrangulamiento. Por este waza, en un combate oficial, el obrero habría sido vencido. Pero en la realidad de la vida, el obrero asió, retorciéndolos, los testículos del judoka, quien gritó de dolor. Y, en ese instante, el obrero tuvo la supremacía del combate. En conclusión podemos decir que en el terreno deportivo, la técnica (waza) y la actividad (ki) son muy importantes, mientras que en el verdadero budo, el arte de la protección de sí y la acción pasiva del "atrapar" (atrapar el momento) son los elementos esenciales.

La vida no es más que un sueño

Un hombre quería llegar a ser rico y, todos los días, iba a pedirle a Dios que le concediera su deseo. Un día de invierno, al volver de su plegaria, vio, atrapado en el hielo del camino, un gran portamonedas. Inmediatamente creyó que su deseo había sido concedido. Pero como el portamonedas se resistía a sus esfuerzos, orinó encima para fundir el hielo que lo retenía. Y, fue entonces... cuando se despertó en una cama completamente húmeda... Nuestra vida es también así. El satori no es una condición especial del espíritu, ni un estado de conciencia trascendental, es despertarse a nuestra vida. El Maestro Takuan (cuyo nombre significa "pepino") estaba muriéndose. Un discípulo se acerca y le pregunta cual era su testamento. Takuan responde que no tiene ninguno, pero el discípulo insiste: —¿No tiene usted nada... Nada qué decir? —La vida no es más que un sueño —y expiró.

Bajo el puente no hay ladrones

Bajo un puente vivía una familia de mendigos, un hombre, una mujer y su hijo. Un día, al volver de mendigar, la mujer dice a su marido: —Hoy no he recibido ningún dinero. Habían pasado muchos ladrones por las casas y la gente tenía miedo de darme dinero. Al oír estas palabras el hijo dice: —Papá, nosotros somos muy felices, ningún ladrón ha entrado nunca en nuestra casa. —Desde luego —contesta el padre—. Tenemos que dar gracias por nuestra pobreza, ésta es el mérito de tus padres. Nadie ha entrado nunca bajo este puente.

Claro de luna en un campo

Bajo un bello claro de Luna, el maestro Ryokan se paseaba apaciblemente; perdido en la contemplación del astro, se sentó sin prestar atención en un campo de patatas. El propietario del campo vino a pasar por allí y, a la vista del hombre, se puso furiosamente en cólera, ya que un ladrón iba a robarle las patatas cada noche. —¡Usted es el ladrón! —le gritó al maestro Ryokan. Pero éste, embelesado, continuaba mirando la Luna, silenciosamente. Entonces el propietario agarró un gran bastón y se puso a golpear a Ryokan; pero él permanecía igual de Silencioso e impasible. Entonces llegó un vecino que detuvo al propietario, preso de la cólera y le reprendió fuertemente: —¿Por qué golpea usted a este hombre? ¿No sabe que es el maestro Ryokan? El propietario, consternado, comprendió su error. Entonces Ryokan compuso un poema:

Las gentes que apalean

Y las gentes apaleadas,

No hay diferencia.

Como una gota de rocío,
O como un relámpago,
Así debéis considerarles.

Historia de Gobuki

Érase una vez, en la montaña que había por encima de una aldea, un monstruo gigantesco que devoraba a todos los que se acercaban a su caverna. —No hay que subir allí arriba, nadie vuelve de allá, Pero un día, un joven llamado Gobuki se propuso ir a ver al monstruo, Y, a pesar de todas las tentativas para impedirte, se decidió. Entonces los aldeanos le dieron cinco armas diferentes, una pica, una lanza, un bastón, una espada y unas horquillas. Cuando llegó a la entrada de la caverna, se pegaron todas al cuerpo del monstruo. El joven no se movió, miraba fijamente al monstruo, sin experimentar ningún temor. Este gritó: ¿Por qué no te doy miedo? De verdad que no lo sé. Pero soy universal, mi cuerpo es Ku, mi espíritu es Ku, también usted es Ku, usted es universal. Por lo tanto yo existo en usted, y usted existe en mí. Usted y yo somos unidad, universales, Ku, Si usted me come, es como si se comiera a sí mismo. Si usted se come a sí mismo es que está loco, Pero sí quiere usted comerse, se lo ruego, ¡hágalo! Completamente aturdido, el monstruo gritó: —Hasta hoy no he visto a nadie que no tuviera miedo al verme, al acercarse a mí. ¡Con usted todo se vuelve complicado! Mí estómago se ha revuelto, no tengo ganas de comerle, no puedo... Por favor, váyase, coja sus armas y váyase. Esta historia es un sutra.

El pájaro de dos cabezas

Se trata de un pájaro con dos cabezas y un cuerpo. La cabeza de la derecha es glotona y hábil para encontrar alimento, y la cabeza de la izquierda, glotona también, pero torpe. La cabeza derecha podía alimentarse siempre hasta la saciedad, y la cabeza izquierda se quedaba siempre hambrienta. Por eso, un día, la cabeza izquierda dijo a la cabeza derecha: —Conozco cerca de aquí un lugar en el que hay una hierba deliciosa con la que te voy a obsequiar—, ven, voy a conducirte a ese lugar. De hecho, la cabeza izquierda sabía que se trataba de una hierba venenosa, pero deseaba deshacerse de este modo de la cabeza derecha para poder comer a su agrado después. Lo que sucedió en realidad fue que el cuerpo se intoxicó y las dos cabezas murieron.

La cabeza y la cola

Había una vez una serpiente cuya cola y cabeza se peleaban siempre. La cola le decía. —Yo siempre estoy detrás y tú estás delante, siempre tengo que seguirte. Al final, la cola se enroscó alrededor de un árbol. No quería avanzar más. La cabeza vio una bella rana. Quería comérsela pero era imposible. Por lo que la cabeza permitió a la cola que fuera delante. Pero la cola no tenía ojos. Cayó en un gran agujero y ambas murieron.

¿Quién ama al otro?

En un sutra, el rey Hashinoku habla con la reina: —El mundo es vasto, ¿pero a quién amas más que a ti misma? —Me gustaría decirte que te amo más que a mí misma pero, en realidad, es a mí a quien amo más —respondió ella. Entonces el rey replicó: —Es verdad, yo también soy más importante que nadie para mí. Así hablaron. Sus palabras eran justas, pero a causa de sus egos no podían ponerse de acuerdo. Entonces decidieron visitar al Buda Shakyamuni y le contaron su conversación. —Desde luego, vuestras respectivas respuestas no son erróneas—respondió—. En definitiva, todo hombre se ama a sí mismo y cada uno es importante para sí mismo. Por eso, no molestéis a los demás. Pero al amarse a sí mismo, se molesta a los demás. ¿Qué es el egoísmo? Es un gran koan.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Dos antiguos compañeros de postura charlan juntos —Te acuerdas, hace diez años, durante una sesshin, habíamos tenido una gran discusión respecto a un koan. ¿Te acuerdas de aquello? Pero ahora estamos aquí riéndonos juntos de aquel koan:

En este final de verano

Las nubes vuelan y no se desvanecen

Primicias del próximo otoño

El viento de verano hace que las hojas tiemblen suavemente

Perfumadas de magnolia.

—Ahora aquel koan es fácil... reímos... ¡Ja! ¡ja! ¡Ja!

¿Eso o eso?

En el sutra del Nirvana está escrito: Un cierto rey sólo decía siempre una sola palabra a su sirviente: —¡Sandabbah! (o "Are", en japonés: "eso"). —¡Sandabbah! —para la sal, para las frutas, para el agua, para ensillar el caballo. —Sandabbah... —y el sirviente le traía las frutas. —Sandabbah... —y el agua fresca era vertida en su copa. —Sandabbah... —y su pura sangre era ensillado. El lenguaje del rey y el del sirviente se acoplaban siempre perfectamente. —Sandabbah... Si el sirviente le lleva el caballo a la mesa... ¡Gran error! Debe comprender por intuición. La educación zen es igual. Y el punto último, el shiho, significa la unidad de los dos: maestro y discípulo.

¿Quién es el responsable?

Dos esposos discutían. Llegaron a pegarse. Por eso fue necesario un juicio. ¿Quién tenía razón, el marido o la mujer? ¿Quién ofendió al otro? Ninguna respuesta. Entonces el juez preguntó al hijo: —¿Cuál de los dos empezó? ¿Tu padre o tu madre? El muchacho respondió: —No puedo afirmar si fue solamente mi madre o si fue solamente mi padre.

El espíritu del otro

En el Japón, un monje fue encerrado siete veces en prisión. Cada vez que le liberaban, empezaba a robar de nuevo, después se entregaba; de esta manera podía enseñar a los prisioneros, los cuales recibieron todos la ordenación de monje. El gran monje, llamado Shinhyo, continuó así su juego, hasta que los guardias, emocionados y turbados, soltaron a los prisioneros y a su maestro. Aquel que da una verdadera enseñanza debe comprender el espíritu de los demás.

Historia de Karma

Hace unos ochocientos años, el príncipe de la provincia de Kyusho, Kato Saemon Shigenji, tenía dos esposas. Las amaba a las dos, pero ellas no podían entenderse y discutían sin cesar. La vida del príncipe estaba envenenada por estas continuas querellas, por sus cóleras, por sus espíritus mezquinos y envidiosos, hasta el punto de pensar en el homicidio. Entonces un día, cansado de esta falsa situación, cansado de la superficialidad de su existencia y de los honores de su cargo, decidió cortar con sus ilusiones para encontrar las raíces de su ser; abandonó su rico palacio y todas sus posesiones, para llevar la vida simple del monje. Su primera esposa siguió su ejemplo y se retiró a un monasterio. La segunda, en los meses que siguieron a su brusca partida, trajo al mundo un niño muy hermoso: su hijo. Pasaron los años. Desde su más tierna infancia, el hijo heredero no cesaba de preguntar a su madre: —¿Dónde está papá? ¿Por qué no tengo papá? Y la madre le explicaba, sin satisfacerle, que había desaparecido. Pasaron diez años y su deseo de encontrar a su padre era tal que decidió ir en su búsqueda. Ante tanta insistencia, la madre, que al fin había podido saber que el príncipe se había retirado a un monasterio de la montaña sagrada de Kosayan, decidió acompañarle hasta ese lugar. Una vez allí,

esperó en un albergue, ya que la entrada al monasterio estaba prohibida a las mujeres, mientras su hijo subía por el monte a la búsqueda de su padre. Pasó un día, cayó la noche y el muchacho se durmió entre dos troncos. A la mañana siguiente, una voz le despertó: —¿Qué haces ahí?—. Era un gran monje, de rasgos altivos y suaves, con el cráneo afeitado, el que hablaba. —Busco a mi padre. —¡Ah! ¿Pero quién es tu padre? —Es un príncipe de Kyushu. Vive en esta montaña, ¡Es mi padre, quiero encontrarle! El monje trastornado, comprendió que tenía frente a él a su hijo único. En sus rasgos reconoció los de su madre y los suyos. Su corazón latía hasta romperse. Quería apretar entre los brazos al pequeño que le miraba con su aire triste y testarudo. Pero no, se contuvo, no se movió. En esta época, las reglas observadas por los monjes eran muy severas: cuando un laico decidía tomar el cuenco, el bastón, y vestir el kesa, debía cortar todo apego a su existencia anterior, bajo pena de romper los kais, los preceptos. Entonces el monje dijo brutalmente al pequeño: —Sí, tu padre vivía aquí, pero murió la semana pasada. Los ojos del pequeño se llenaron de lágrimas, bajó la cabeza. El monje, desgarrado, no sabía qué hacer, preso entre el deseo de apretar al niño entre los brazos y la voluntad de no infringir las reglas de su orden. Pero el pequeño levantó la cabeza y dijo: —Quiero ir a rezar sobre su tumba. Por favor, acompáñeme. Cuando llegaron a un lugar del cementerio, el monje le señaló una tumba bajo una gran roca, una piedra simple grabada con el nombre de un monje. —Esa es. El muchacho se prosternó y oró largamente. El monje retuvo sus lágrimas y al cabo de un momento le dijo: —Vamos, ya es hora de que vuelvas con tu madre. En el camino de vuelta del cementerio, hizo que le contara la vida que llevaba su hijo, al que ya no podía reconocer como tal. —Venga, vamos, tú nunca viste a tu padre. Ha muerto. Olvídale. Conviértete a partir de ahora en un hombre digno de tu herencia de príncipe. El muchacho le siguió hasta el portal del templo y volvió tristemente por el camino indicado. Cuando llegó al albergue, supo que su madre había muerto durante la noche de un brusco ataque de fiebre. Loco de dolor, volvió con su escolta a la ciudad, a ver a su querida tía. Pero ella también acababa de morir, alcanzada por la epidemia. Entonces el muchacho vio como el universo se hundía a su alrededor. Más solitario que nunca, nada le atraía ya, los alimentos sabían a cenizas, los graciosos paisajes de su jardín no despertaban nada en él y las melodías más dulces le parecían sonidos fúnebres. Pero en su cabeza de niño quedaba una sola esperanza.— el monje que encontró allá arriba, en la montaña, en el monasterio, donde fluye una vida tranquila, al ritmo de la meditación y de las ceremonias. Huyó del palacio para volver allí. Un día, el monje le vio aparecer en el patio del templo: —¿Qué haces aquí? —Quiero ser monje. Toda mi familia ha muerto. La vida no tiene ya ningún sentido para mí. Quiero quedarme con usted. Entonces el monje se dio cuenta que no se puede evitar el destino, el karma. Se puede modificarlo, pero siempre os

sigue, bajo una forma u otra. Y de esta manera el hijo se volvió discípulo del padre.

La moral del tao

Un ladrón muy famoso llamado Koshi interesaba al sabio Confucio; en efecto, éste pensaba convertirle a su moral. Confucio se dirigió pues a la montaña donde vivía retirado el ladrón e intentó educarle. Koshi, el ladrón, se aburrió rápidamente de las palabras del inoportuno: —Usted es más pueril que un niño —gritó de pronto—, su moral es buena para usted, ¡para mí no es buena! ¡Enséñeme otro aspecto de la moral si quiere usted que yo comprenda! ¡Francamente no creía yo que los grandes sabios fueran tan ingenuos! Confucio tuvo que desandar su camino. A modo de educación, la lección había sido grande ¡para Confucio!

La luna por la ventana

El Maestro Kodo Sawaki respetaba infinitamente al maestro Ryokan: afirmaba que Ryokan era el primer monje de la historia japonesa. Actualmente su popularidad es aún más grande y sus caligrafías son raras y preciosas. Ryokan no era un halagador: sin miedo, sin ansiedad, inocente y cándido como los niños, no dependía de nada... sin templo... sin dinero, vivía en una libertad total y justa. Alguien le pedía una caligrafía y él se la hacía... poco importaba a quien... Vivía en la provincia de Nagano, cerca del templo de Teisho-ji. Un día, el shogun de la provincia invitó a Ryokan a una gran velada con numerosas geishas. Antiguamente, en el Japón, los monjes no podían consumir ni carne, ni pescado, ni saké... ¡¡solamente hacerlo a escondidas!! A lo largo de la velada, las encantadoras geishas se mostraron muy solícitas con él: —¿Quiere usted un poco de estos manjares perfumados deliciosamente? ¿Quiere usted beber un poco de agua de la sabiduría? —Intencionadamente hablaban con palabras veladas. —Sí —respondía Ryokan bebiendo saké y degustando los platos. Al final del banquete, el gobernador de la provincia le dijo: — Quiero construir un gran templo, le pido que sea usted el superior. ¿Acepta? Ryokan huyó a toda prisa... En otra ocasión, Ryokan, al que le gustaban mucho los niños, jugaba con ellos al "escondite". Una de las veces se escondió en un establo. Cuando cayó la noche, los niños volvieron a sus casas. Ryokan, jugando aún y oculto, pidió al granjero, que fue a encerrar sus vacas, que no hiciera ruidos. —¡Qué viene el lobo...! Una noche, un ladrón entró en su pequeña ermita y no encontró nada que llevarse, pero vio a Ryokan dormido bajo su manta. Inmediatamente se apoderó de ella y huyó. El frío despertó a Ryokan que estornudando advirtió que su manta le había sido robada... La Luna brillaba magnífica en el cielo y Ryokan podía verla desde su ventana. Entonces compuso este poema que se hizo célebre:

¡Oh! maravilla

La Luna tan bella iluminando mi ventana

¿Por qué no se la ha llevado el ladrón?

Ningún acontecimiento, fuera cual fuera, podía turbar su tranquilidad interior.

Cólera y envidia ¡qué karma!

Esto sucedió en la India antigua, en una familia en la que la suegra envidiaba a su nuera y siempre le buscaba peleas. Un día en el que la nuera cocía arroz, la suegra se encolerizó contra ella sin verdadera razón; la nuera pareció no prestar atención, pero de pronto sacó del fuego un trozo de leña ardiendo y lo lanzó violentamente contra una oveja que se encontraba cerca de allí; la oveja cuya lana se había prendido, huyó balando y se fue derecha contra una pila de heno que también se prendió en un instante; como el viento era muy fuerte, el fuego se extendió rápidamente hasta el establo de los elefantes del rey; sorprendidos, rompieron el techo y se escaparon hasta el país vecino. Pero guardaron un gran rencor contra toda la población de su país de origen, y cada vez que se encontraban con nativos de esa región, les pisoteaban rabiosamente. De esta manera fue declarada la guerra entre los dos países, una guerra que duró diez años. Así, por la cólera de una mujer envidiosa, fueron engendrados diez años de karma belicoso y violento.

El mosquito o el padre

Érase una vez un hombre honrado y su hijo, un poco ingenuo. Este hijo era muy honesto y muy respetuoso hacia su padre. Siempre le seguía por todas partes. Un día de verano, en la montaña, cuando los dos dormían sobre la hierba del bosque, un mosquito fue a posarse sobre la cabeza del padre. El hijo se despertó. Era muy amable con su padre. Por eso cogió un bastón y golpeó al mosquito. El mosquito se fue volando, pero su padre se quedó muerto. Es un koan. Se odia al enemigo. El enemigo huye y el padre muere. Esto es parecido a admirarse a sí mismo y hacer pedazos a los demás. En la época moderna, esta es una actitud muy corriente, sobre todo en los políticos, en los hombres de estado. Es la crisis moderna.

La sopa de los leprosos

En mi juventud, me sentí muy impresionado por la historia de Tosui, "Agua de melocotón". ¡Pero su vida no fue tan dulce! En mi primer encuentro con Kodo Sawaki, en el templo de Sojiji, me prestó tres libros: el primero era la biografía del monje mendigo Tosui, el segundo sobre las artes marciales, y el tercero, su diario: "Las orejas de burro". Quedé muy marcado por la personalidad del maestro Tosui. Superior de un gran templo, se escapó abandonando todos sus hábitos de monje para reunirse a un grupo de mendigos leprosos. En los tiempos antiguos, los leprosos, perseguidos por todos, eran obligados a retirarse a comunidades. Uno de sus discípulos corrió detrás de él... Tosui le dijo: —¡Es muy difícil seguirme! Abandona todo... incluso tu kolomo y tu kesa. Esta estera de paja te será suficiente para dormir. El discípulo se fue pues con el maestro Tosui. Un día, el maestro Tosui le

pidió que cavara un agujero a fin de enterrar en él a un hombre muerto por la lepra. El discípulo obedeció. Cuando el agujero estuvo preparado, Tosui ordenó: —Cógelo por las piernas mientras yo le sujeto por la cabeza. El cuerpo del cadáver estaba completamente podrido por la lepra y el discípulo tenía náuseas por el asco. Sin embargo le pusieron bajo tierra. Algunos instantes después, para sobreponerse, el discípulo pidió algo de alimento a Tosui. El maestro le respondió: —¡Cómete esa sopa que está ahí! —En esta sopa, dejada por el muerto, la supuración de las llagas estaba mezclada con el líquido—. ¡He ahí tu comida diaria...! No es necesario que compres verduras o carne. El discípulo se dijo: " ¡Si no como esta sopa, mi decisión es débil! ¡Debo comerla!" Pero el primer trago se detuvo en su garganta, esta sopa putrefacta no podía pasar. El maestro Tosui le dijo entonces: —¡Es difícil! Ser mi discípulo es difícil; tú no eres capaz de serlo.— El discípulo se puso a llorar y Tosui continuó: —Mi dimensión y la tuya no son las mismas. Nuestras circunstancias son diferentes. Tú no puedes ser mendigo. Debes ser superior de un templo. Con el tiempo, este discípulo llegó a ser un gran monje. Tosui vivió mendigando, durmiendo donde podía, en las granjas y en los establos, en albergues—, murió a los noventa años, cerca del templo Antai-ji, en Kyoto. Al final de su vida, un rico comerciante de saké le hizo su protegido; le ofreció comida y cama. A cambio, Tosui vendía vinagre hecho del saké fermentado. De vez en cuando, Tosui se escapaba de la tienda de su protector para ir a dormir a un establo. Siempre llevaba con él una imagen de Buda Amida que clavaba más bien o más mal sobre las paredes del establo. Tosui escribió un pequeño poema respecto a esto:

Esto es estrecho y está sucio

Pero le presto este establo.

Me sentí muy impresionado por esta historia.

La cola del elefante

En la India, una elefanta sufría tratando de traer al mundo a su pequeño; por lo tanto el rey de este país busca ayudarla. Pero sólo una mujer que no hubiera jamás mentido ni pensado en otro hombre podría ayudar al parto de esta elefanta. Una mujer, una sola, se presenta: — Después que me he casado no ha habido otra cosa en la vida que mi esposo. Nunca lo he engañado, ni siquiera con el pensamiento. Jamás he amado a otro, seguramente podré ayudar en este nacimiento. En ese instante, el bebé nace, pero su cola no sale. Esta mujer dice entonces: —Quizá he mentido. —¿De qué forma? —Cuando era una niña de unos doce o trece años abracé á un niño y desde ese momento lo amé. El nunca lo supo, pero yo lo amé. No bien hubo la mujer confesado al rey, la cola del elefante salió de inmediato.

No hago nada

Yokusan estaba solo en zazen, en el dojo. El maestro entró y le preguntó: —¿Qué haces? El discípulo respondió: —No hago nada. El maestro observó: —¡Haces zazen! El discípulo le dijo: —Si hubiera respondido zazen, eso habría querido decir que hacía zazen. El maestro preguntó entonces: —¡Haces algo...! ¿Por qué dices "no hago nada"?... El discípulo le dijo: —Ni siquiera mil Budas pueden comprenderlo.

Pensar sin pensar

El maestro Sekito, discípulo y sucesor de Seigen Gyo— shi, sucesor a su vez del sexto patriarca, Eno, preguntó un día a su discípulo Yakusan que estaba sentado en zazen, en el dojo: —¿Qué haces en zazen? —No hago nada... ni siquiera zazen —respondió" Yakusan. El maestro Sekito dijo entonces: —Si no haces nada, ni siquiera zazen, no caerás en ninguna categoría. Otro monje preguntó igualmente a Yakusan, que estaba sentado en zazen en una fuerte y bella postura inmóvil: —¿Qué piensas ahora? Yakusan respondió: —Pienso desde el fondo del no-pensamiento. Muy curiosa respuesta. —Pensar desde el fondo del no-pensamiento. ¿Cómo se piensa desde el fondo del no-pensamiento? Después de haber leído este pasaje del Maestro Dogen, Kodo Sawaki no pudo conciliar el sueño durante una semana, buscando vanamente una respuesta, a pesar de que recitaba cotidianamente el Fukanzazengi... Agotado después de una semana de vigilia, se durmió en el suelo mismo de la cocina del templo. Un monje pasó hablando y, como no le vio, tropezó con su cuerpo. Kodo Sawaki se despertó y, en este instante, tuvo el satori. Súbitamente realizó el estado de hishiryo. —Comprendo hishiryo sin poder expresarlo... Como una chispa que aclara bruscamente mi espíritu.

El pulgar del Maestro

Voy a contaros un célebre koan chino. Se trata del maestro Gutei y de su discípulo Tenryu ("Dragón del cielo") quien igualmente se convirtió en un gran maestro. Una cierta monja había venido a visitar a Gutei, que vivía en una ermita en la montaña. Le solicitó un mundo y le planteó una pregunta a la que Gutei no supo responder. Entonces la monja decidió volver a su casa. Pero Gutei insistió para que se quedara, ya que la noche estaba avanzada. —¡No quiero! —respondió la monja—. Usted es un poco imbécil y no tiene nada de gran maestro. Gutei no quedó muy contento con esta respuesta y no durmió en toda la noche. Al alba, Gutei se puso en zazen y en ese momento llegó Tenryu. Gutei le preguntó enseguida. —¿Cuál es la esencia del budismo? Tenryu, sin palabra alguna, enderezó su pulgar frente a la nariz de Gutei... Gutei, completamente sorprendido, se da cuenta... Desde entonces, cuando una persona quería un mundo, Gutei no respondía nunca sino que mostraba su pulgar estirado. De esta manera, el pulgar del maestro Gutei se hizo célebre en la historia del Zen.

Ni nada, ni no-nada

El maestro Joshu planteó a su discípulo este koan: —¿Qué es? (¿Cuál es la condición de la conciencia: ni nada, ni no-nada.) El discípulo respondió: —Yo no soy algo. En zazen, estoy en el estado de nada ahora soy nada. El maestro Joshu respondió: —Debe usted abandonar la idea de que es nada ¡abandone sus pensamientos!

La transmisión del barquero

Durante veinte años, Tokujo recibió la transmisión del maestro Tosan, practicando zazen con él. Antes de su muerte, Tosan le dio el shiho. Después, Tokujo se hizo barquero y, durante treinta años, esperó que se presentara el verdadero discípulo. El poema dice:

Quería pescar un gran pez

Pero ningún pez nadaba

En este agua demasiado pura.

Para hacer sus cañas de pescar, cortaba todos los bambúes del bosque y después los replantaba. Un día, un hombre llamado Kassan llegó a las proximidades del río. Tokujo comprendió inmediatamente que este hombre era el "gran pez". —¿De dónde vienes? —De ninguna parte. El discípulo era interesante. —¿Quién te ha educado? —Zazen me ha educado. Vengo del zazen. Un gran mundo tuvo lugar. Tokujo quería reconocer profundamente a este nuevo discípulo y, a modo de respuesta a las preguntas de Kassan, Tokujo le empujaba cada vez al agua. —Tus respuestas, aunque sean exactas, no son justas, es como golpear a un asno. Y de una patada Tokujo arrojaba a Kassan al agua. Cuando Kassan abría la boca para responder, Tokujo gritaba: —¡No quiero discutir contigo! Y plaf... ¡le volvía a tirar al agua! Kassan obtuvo un gran satori.

¡Gran y profundo maestro!

(Esta escena ha sido reproducida numerosas veces A Kodo Sawaki le gustaba dibujarla.) Kassan, siempre en el agua. Tokujo le tendía una pértiga, después de haberle golpeado en la cabeza con la punta de ésta... Le remitió el katsumyaku de la transmisión y de la sucesión que había conservado con él durante treinta años y se dejó caer al río volcando su barca. El discípulo estaba allí.

Rápido como

Un hombre bravo, noble y valiente visitó un día a cuatro grandes maestros de kyudo (tiro con arco) que vivían juntos en un lugar retirado. El hombre habló así: —Sois cuatro. Que cada uno de ustedes vaya en una de las cuatro direcciones, después, volviéndose hacia mí, que cada uno lance su flecha. Las detendré a las cuatro antes de que me alcancen. —¡No podemos creerle! —exclamaron. —¡Qué rápido debe ser! —añadieron los alumnos. Ya es difícil detener una sola flecha lanzada por un maestro ¡más aún cuatro a la vez! Eso es magia. Entonces el Buda Shakyamuni replicó: —Hay algo más rápido aún que este bravo y valiente hombre: la marcha del Sol y la de la Luna y la del relámpago. Y hay algo aún más rápido que el Sol y la Luna y el relámpago... —¿Qué es?

Agua pura, agua manchada

Otra historia de la China antigua. Cierta emperador preguntó a Kyoyu: —Es usted un gran hombre, y yo deseo entregarle la transmisión de mi imperio ¿la acepta? Kyoyu, muy enfadado, dijo simplemente: —Esas palabras han manchado mis orejas —y fue a lavarse las orejas al río más próximo. —Hoy he oído palabras sucias —dijo. Su amigo, que conducía una vaca, llegó al borde del agua. —¿Por qué te lavas las orejas? —le preguntó. —Hoy estoy muy disgustado. El emperador ha querido hacerme su sucesor. Me ha propuesto su imperio y mis orejas se han manchado con esas palabras, por eso debo lavarlas. Entonces su amigo le dijo: —¡Yo quería que mi vaca bebiera esta agua clara, y hela aquí sucia...!

¿Dónde está el crimen?

El maestro Sosan, discípulo de Eka, tenía la lepra. En su primer encuentro con el segundo patriarca, Sosan le pidió: —Maestro, confíeseme. ¡Láveme de este mal karma y de mis crímenes! Eka le respondió: —Tráeme tus crímenes y serás purificado. En este instante, Sosan se despertó. Sosan recibió la ordenación de monje y su práctica intensiva de zazen le curó de su lepra.

Hombro derecho, hombro Izquierdo

Un día, dos hombres se presentaron a la vez para pedir la mano de una joven muchacha. Realmente deseaban casarse con ella. Los padres de la muchacha le preguntaron con cuál de los dos se quería casar: —Sí quieres al hombre que viene del este, descubre tu hombro izquierdo. Si amas al que viene del oeste, descubre tu hombro derecho. La joven descubrió los dos hombros. Los padres se opusieron inmediatamente. ¡No se puede tener dos maridos! Había que elegir. — No puedo decidirme —respondió la joven. El hombre del este era rico, pero feo; el del oeste era muy guapo, pero pobre... Y esta joven quería vivir en la casa del hombre rico y dormir en la cama del joven guapo.

La zanahoria

Antiguamente, en el Japón, para moler el trigo, los campesinos utilizaban caballos para mover la rueda del molino. Los caballos giraban incansablemente, todo el día, queriendo atrapar una zanahoria colgada delante de su nariz; solamente podían comer esta zanahoria a la caída de la noche. ¡Es exactamente la imagen de nuestra civilización!

No huir

Sariputra, el gran discípulo del Buda, estaba sentado en zazen, al

borde de un lago. Numerosos peces saltaban en la superficie del agua. Sariputra cambió de sitio y se instaló en un lugar más retirado. Pero el canto de los pájaros perturbaba su zazen. Los pensamientos afluían, las ilusiones surgían... Los pájaros y los peces le turbaban, por eso decidió matarlos y comérselos. Pero tuvo una indigestión y cayó enfermo. Esta anécdota es un hecho de la juventud de Sariputra. Es inútil intentar huir de los ruidos del agua o del canto de los pájaros. La perturbación viene de nuestro espíritu.

Las dos ranas

¡La sequía era grande ese verano en Osaka! No era esa vida para una rana. La rana de Osaka dijo. —¡Vamos a Kyoto, al menos allí hay un bello paisaje y sobre todo agua! En esa misma época, la sequía hacía estragos en Kyoto. No era esa vida para una rana. La rana de Kyoto dijo —. —¡Vamos a Osaka, al menos allí hay un bello paisaje y sobre todo agua! Las dos ranas se encontraron a mitad de camino, en la cima de un monte, y se contaron las razones de su viaje; persuadiéndose de que cada una contemplaba, desde lo alto del monte, el objeto de su viaje, se hincharon y sus ojos aumentaron: ¡La rana de Kyoto vio Kyoto, la otra vio Osaka! Lanzaron un "croac, croac" de cólera. La de Osaka dijo: — ¡Pero si Kyoto es como Osaka! La otra dijo: —¡Pero si Osaka es como Kyoto! Y ambas volvieron al lugar del que habían venido. Efectivamente, no habían hecho más que ver la imagen, una la de Osaka, otra la de Kyoto, reflejada en los ojos de la otra.

La verdadera intimidad

En la China, un mediodía, una madre llena de amor por su hijo hilaba lana tranquilamente. Unos hombres irrumpieron de pronto en su casa y le dijeron: —¡Su hijo no es más que un asesino! ¡Acaba de matar a una persona! La madre no creyó ni una palabra y no detuvo su rueca. Llegó otro hombre y lo confirmó: —Sí, sí. ¡Ha matado a una persona! — pero la madre continuó hilando tranquilamente. —No —dijo ella continuando su trabajo—, no, yo creo en mi hijo. Más tarde se supo que estas noticias eran falsas. Cuando la verdadera fe entre padres e hijos, entre marido y mujer, entre discípulo y maestro no existe... ¡llega el demonio! ¡Pero una verdadera intimidad no se muestra, no se cuenta, no se certifica, no se expone! Tampoco es necesario ostentarla, ni excusarse. El dualismo no existe ya.

¿Quién es el invidente?

Dos hombres caminaban de noche por un camino que atravesaba un bosque oscuro en una montaña apartada. Uno de los dos era ciego y su acompañante le guiaba. De pronto, en lo más espeso y oscuro del bosque, apareció un demonio en el camino, ¡El ciego no experimentó el menor temor, mientras que su acompañante quedó aterrorizado! Entonces el no vidente condujo a su amigo... Esta corta historia nos ofrece una cierta enseñanza.

El espíritu de la piedra preciosa

Una joven dragona de ocho años reconoció la verdadera naturaleza del espíritu, la naturaleza de buda. Convertida en buda, creó un paraíso en el Sur. Sariputra, tomando conciencia del acontecimiento, no pudo impedir dudar de él. —No tiene más que ocho años... No es más que una niña aún. ¡A su edad no puede ser un buda! Sariputra no podía creerlo. Fue a ver a Shakyamuni y le expuso su duda. —Vari, la joven dragona ¿tiene realmente el satori? ¿Ha reconocido verdaderamente qué es la naturaleza de buda? Por toda respuesta, el Buda mostró la piedra preciosa que la joven dragona le había entregado. El solo hecho de entregar una piedra preciosa es la autenticación de la realización de la naturaleza de buda. Sariputra se inclinó murmurando: —Comprendo... comprendo... Esta piedra preciosa es nuestro verdadero espíritu.

Los tres puentes

Un padre anciano reprendía al borracho de su hijo ya que volvía todas las noches ebrio a su casa. Este prometió enmendarse y beber menos. Esa misma noche, como el hijo no volvía, el padre fue en su búsqueda. Le encontró medio ahogado, aferrado al pilar del puente que separaba la taberna de la casa paternal: —¿Por qué estás en este estado —preguntó el padre—, precisamente el mismo día que me has prometido beber menos? El hijo respondió: —En efecto, he bebido menos y he aquí el resultado. Habitualmente bebo tres sho de saké (tres veces un litro ochocientos) y cada noche, al volver, veo tres puentes: ¡siempre tomo el del medio y toda va bien! Esta noche sólo he bebido dos sho y he visto dos puentes—, al no saber qué hacer, he tomado al azar el de la izquierda y he caído al agua. El padre: —¡Venga, volvamos! El hijo: —¡Oh, no! ¡Aún no! Déjame ir a beber mi tercer sho de sake y todo irá mejor. Dicho y hecho. El hijo volvió sano y salvo a la casa por la vía natural.

La cara en el barril

En el Japón antiguo, un fabricante de saké tenía una mujer muy celosa. Un día que su marido llenaba unos barriles, su mujer fue a mirar a la superficie del líquido liza como un espejo. Contempló su propia cara pero, presa de los celos, pensó: " ¡Hey, mi marido oculta una mujer en su barril!" Y corrió a decírselo. Su marido, inclinándose a su vez, vio en la superficie del líquido una cara de hombre. " ¡Hey, ella también tiene un amante secreto!" Y empezaron a pelearse como dos traperos...

Tener puntos de vista extremistas no es apenas deseable ni tan importante para nuestra vida cotidiana.

Silencio total

En un pequeño templo perdido en la montaña, cuatro monjes hacían zazen. Habían decidido hacer una sesshin en silencio absoluto. La primera noche, durante zazen, la vela se apagó, sumergiendo el dojo en una oscuridad profunda. El monje más joven dijo a media voz: —¡La vela acaba de apagarse! El segundo respondió: —¡No debes hablar, esta es un sesshin de silencio total! El tercero añadió: —¿Por qué habláis? ¡Debemos callarnos y estar silenciosos! El cuarto que era el responsable de la sesshin, concluyó: —Sois todos estúpidos y perversos ¡Yo he sido el único que no he hablado! ¡Mancha sobre el satori! ¡Soy el único que me he comportado bien!

Las dos narices

Es una historia de la China antigua: Un hombre tenía una esposa muy bella, pero desgraciadamente su nariz demasiado chata estropeaba Ja hermosura de su cara. E incluso su mejor amigo le repetía a menudo: "Tu mujer es maravillosa ¡lástima que su nariz sea tan chata!" Un día paseándose por la calle, vio una mujer que tenía una bonita nariz. Inmediatamente la asaltó, le cortó la nariz y se la llevó a su casa. Cortó también la de su mujer y le hizo un injerto con la nueva nariz. Pero la

nariz no se adhirió y perdió a la vez dos mujeres muy bellas.

Belleza natural, belleza inconsciente

Muy a menudo, en el Japón, lo incompleto o la asimetría en el arte son considerados como la verdadera belleza. Uno de los más bellos palacios, tesoro nacional del santuario Toshogu, cerca de Nikko, tiene un pórtico de entrada recubierto con hojas de oro, el Yo Mein Mon. El pórtico está compuesto de cuatro columnas, una de las cuales está al revés, la parte de arriba y la de abajo están invertidas. El pórtico es contemplado siempre como un ejemplo de verdadera belleza. Tenemos otro ejemplo de ello en un libro zen muy importante, el Shaseki Shu, escrito por el maestro Muju (el maestro sin templo): "La verdad de la Arena y de la Piedra": Un recadero, enfermo epiléptico, tenía que ir a casa de alguien de noche. En su camino tenía que atravesar un puentecito de madera colgado sobre un torrente rápido. Al mirar desde lo alto del puente al agua del torrente fue atacado por una crisis de epilepsia. En este estado, cayó al agua y flotó, arrastrado por la corriente. A la mañana siguiente se despertó en la otra orilla... vivo. En estado de muerte aparente había caído al agua y de esta manera pudo continuar viviendo. Si se hubiera caído en su estado normal, sin lugar a dudas habría perecido. ¡Inconscientemente pudo vivir!

Más allá del espejo

El mundo siguiente tuvo lugar entre Kyosei y el maestro Reiun. Kyosei preguntó a Reiun. —¿Cuándo aparece el momento de la pureza absoluta? Reiun dijo: —El momento no tiene tiempo. Su esencia es permanente y vacía. Es el ku eterno, la Gran Nada que se vierte en el Todo, y lo colma todo. El tíokyo Zan Mai^[2] habla de ello como la sustancia verdaderamente permanente que se derrama de una manera continua en la corriente. Kyosei preguntó aún. —¿Puede usted encontrar un método para hacer que la realización avance? Reiun respondió: —¡Por favor! Rompa el espejo, entonces le será posible mirar en usted mismo. A partir de esta historia, el maestro Daichi escribió esta frase. "Deformando el espejo y forjando la imagen", y compuso un poema.

Forjar la imagen

Debemos conocer también el mundo que tuvo lugar entre Nangaku y el monje Seigen con respecto a esta frase: "Deformar el espejo y forjar la imagen". Seigen y Nangaku fueron dos grandes discípulos del maestro Eno, el sexto patriarca. Un día, Seigen preguntó a Nangaku: —¿Qué significa forjar la imagen...? ¿Dónde desaparece la luz? Esto plantea el delicado problema de la conciencia durante zazen. El maestro Nangaku respondió: —Es lo mismo que su vida. Ahora, en su postura ¿qué queda de su infancia? El monje dijo: —Aunque el espejo no devolviera la imagen no podría engañar a nadie.

Sin meta ni espíritu de provecho

El Maestro Nansen preguntó a su discípulo Obaku: —Cuando nuestra práctica de zazen y nuestra sabiduría se equilibran podemos obtener el satori o ver la naturaleza de Buda, alcanzar ku. ¿Qué significa esto? La respuesta de Obaku es Mushotoku: —No quiero depender de nada sea lo que sea. Esto significa que él no depende ni siquiera de zazen ni de la sabiduría. No desea obtener el satori, ni siquiera por zazen, ni por la inteligencia ni por la sabiduría. Entonces Nansen dijo: —No debe usted depender ni siquiera de la no-dependencia.

Reflejo de la luna en el agua

El monje Yuse era un hombre muy bello y una mujer se enamoró de él. Esta mujer estaba casada y este amor prohibido la atormentaba. A pesar de los consejos de su madre, no podía dejar de amarle y terminó por caer enferma. Se refugió en casa de su madre, la cual suplicó a Yuse que fuera para intentar curarla. Yuse fue cada día a su casa para enseñarle los sutras. Poco a poco recuperó la salud; pero un día, los dos cedieron al deseo del amor... De esta manera Yuse infringió dos preceptos importantes: tuvo relaciones con una mujer casada y, por amor a esta mujer, cometió un crimen asesinando al marido. Rápidamente fue presa de los remordimientos y del miedo, y fue a confiarse al Buda. Buda le tranquilizó y le dijo que iba a darle el poder

del no-miedo. —Buda tomó la postura de zazen, después otras posturas, adquirió múltiples formas.— todos los fenómenos son como sombras en un espejo o como el reflejo de la Luna en el agua. Las gentes estúpidas sufren a causa de su espíritu lleno de ilusiones, de locuras y de miedos. Pero todo esto no son más que imágenes en un espejo, reflejos de la Luna en el agua. Son las ilusiones de la conciencia, no tienen existencia real. Por esta enseñanza del Buda, Yuse tuvo el satori. Comprendió que hasta ese día su vida había sido como un sueño, y que existía una vida auténtica, profunda, más allá de este sueño. Esto es descubrir la vida tal y como se descubre las imágenes de una película cuando se está revelando. Comprendió esto y tuvo el satori del no-nacimiento, inmortal. Vivió lo que era antes del nacimiento, vivió el origen de la vida. De esta manera alcanzó el estado de budeidad. Ahora existe.

Cabeza gorda

Cada mañana, un hombre se contemplaba en su espejo. Un día, como se miraba en el espejo puesto al revés, no se vio la cara. Entonces pensó que había perdido la cabeza y el cuello y, preso del pánico, se puso a buscarlos. Un amigo le dijo: —¿Por qué buscas tu cabeza? ¡Es tan gorda que es lo único que veo! Entonces el hombre se puso a pensar que su cabeza era más gorda que la de los demás. Se sintió muy orgulloso por ello y continuó buscando su cabeza. Esta historia es muy interesante. Perder la cabeza es perder las ilusiones. Pero la arrogancia de creer que la cabeza propia es la más gorda, es la obtención de un satori egoísta y estúpido.

Grandes orejas

El Maestro Muso vivía entre los mendigos bajo el puente. Su vivacidad de espíritu era célebre. El emperador sentía curiosidad. Un día, envió un mensajero en su búsqueda, pero fue inútil. Muso se hacía pasar inadvertido. Sin embargo, el mensajero había observado un mendigo de mirada aguda, de nariz fuerte y grandes orejas, no podía ser otro, sino Muso. Intentó pues una estratagema, dirigiéndose al grupo de mendigos les dijo, —Aquí tengo unas cuantas monedas, son vuestras si lográis cogérmelas sin serviros de vuestras manos. Inmediatamente, nuestro mendigo dio una patada a las manos del mensajero y las monedas volaron por todas partes. Y el mensajero comprendió.

Historia de kami

Antiguamente, hace mucho tiempo, un ermitaño de cabeza afeitada viajaba con su muy querida mujer. En el camino, la señora tuvo ganas de orinar y se dispuso a aliviarse al borde del camino desierto. Su marido la detuvo: —¡Hey! ¡Vamos, vamos! ¿Qué vas a hacer? Este lugar está consagrado a un kami (dios). Ella se detuvo. Un poco más lejos preguntó a su marido: —¿Y aquí? ¿Es posible? —¡De ninguna manera! Este lugar está consagrado al dios de las cuatro estaciones. La señora se contuvo. Un poco más lejos divisó la orilla de un río. —¿Aquí estará bien, no? Venga, voy a hacer pipí —dijo. —¡Hey! ¡Hey! ¡Está prohibido: lugar consagrado al kami del agua, lugar respetable! La mujer del ermitaño se puso a llorar, ya que sentía mucha necesidad. El cordón de

sus sandalias se le soltó. Quiso agacharse para atarselos, pero era imposible ya que así comprimía su vejiga. Entonces pidió a su marido que lo atara: —No quiero orinar —dijo ella. El marido se arrodilló delante de ella mientras ataba el cordón, la señora se relajó y se descargó sobre el cráneo desnudo de su marido. ¡Este se indignó! Ella le explicó: —¡En esta montaña hay dioses (kami) por todas partes! ¡Todo está consagrado! ¡No hay modo de orinarse según tú! ¡Por último he encontrado un lugar donde no hay kami^[3] (cabello) y he orinado encima! ¿No estás contento?

Las dos vacas en el mar

En la China antigua el maestro Tosan viajaba por la montaña con un amigo. En el agua del torrente que serpenteaba junto a su camino vieron un trozo de verdura que flotaba en la superficie del agua. —Sin lugar a dudas, algún ermitaño vive no muy lejos de este torrente —pensaron y continuaron su camino. Llegaron al monte del dragón y vieron una pequeña ermita. Un hombre anciano de cabellos largos y barba blanca salió de ella. —¿Desde cuando vive usted en esta montaña? El anciano respondió: —No puedo acordarme. La primavera viene, la hierba crece, los árboles reverdecen. En otoño, la naturaleza se vuelve rojiza y el frío cae sobre la tierra. Pero ellos insistieron y preguntaron aún: —¿Por qué se retiró a la montaña del dragón? El anciano ermitaño les respondió: —No es muy importante. Pero mi vida cambió cuando vi dos vacas que se peleaban encarnizadamente, después entraron en el mar; desde entonces no las he vuelto a ver nunca más. Ahora mi vida es muy apacible. Estas dos vacas son la metáfora del dualismo, de las oposiciones subjetivo-objetivo que combaten sin cesar en el espíritu. Un día, este ermitaño anciano advirtió que el espíritu de la fe es no-dos. Se fue a la montaña. Después, nada más. Solamente esta vida solitaria y apacible de la montaña.

No morir

Un día, un anciano visitó al Maestro Ryokan y le dijo: —Me gustaría pedirle que me haga un kito.^[4] He visto alrededor de mí la muerte de muchas gentes. Y yo también tendré que morir un día. Por favor, haga un kito para que yo viva mucho tiempo. —De acuerdo. Hacer un kito para vivir mucho tiempo no es difícil. ¿Pero qué edad tiene usted? —Sólo tengo ochenta años. —Usted es joven aún. Un proverbio japonés dice que hasta los cincuenta se es como un niño, y que entre los sesenta y los ochenta, es cuando hay que amar. —De acuerdo, hágame un buen kito. —¿Hasta qué edad quiere usted vivir? —Tengo bastante con vivir hasta los cien años. —Su deseo no es realmente grande. Hasta los cien años, sólo le quedan que vivir veinte años. No es tanto. Como mi kito es completamente exacto, usted morirá justo a los cien años. El anciano tuvo miedo: —¡No, no! Haga que viva hasta los ciento cincuenta años. —Actualmente, habiendo alcanzado ya los ochenta años, ha pasado la mitad de lo que desea. Escalar una montaña exige muchos esfuerzos y tiempo, bajar de ella es rápido. A partir de ahora, sus setenta últimos años van a pasar como un sueño. —Déme entonces hasta los trescientos años. Ryokan respondió —¡Qué pequeño es su deseo! ¡Solamente trescientos años! Un proverbio de la época antigua dice que las grullas viven hasta mil años y las tortugas hasta los diez mil años. Si unos animales pueden vivir tanto ¡cómo es que usted, ser humano, no quiere vivir más que trescientos años! —Eso es muy difícil —dijo el anciano—. ¿Para cuántos años de vida puede hacerme un kito? —¡Así que no quiere usted morir! ¡Esa es una actitud completamente egoísta! —Ciertamente —respondió—. —Entonces más vale hacer un kito para no morir. —¡Sí, sí, desde luego! ¿Es posible? Prefiero este kito. —Es muy caro, muy, muy caro, y requiere mucho tiempo. —De acuerdo —dijo el anciano. Entonces Ryokan añadió: —Hoy empezaremos por cantar solamente el *Hannya Shingyo*, después cada día tendrá usted que venir a hacer zazen en el templo. Entonces daré conferencias para usted. De esta manera Ryokan le condujo a la fe justa y exacta.

El Sutra de la Gran Sabiduría

El Maestro Genjo nació hacia el año 600. Cuando decidió partir para la India, tenía la firme determinación de traer de este país todos los sutras budistas que encontrara, para propagar después su enseñanza en China. Acababa de cruzar las regiones fronterizas de la China e India cuando cayó la noche; se dirigió a un pobre templo aislado; apenas hubo entrado, oyó que le llamaban; era la voz de un monje anciano moribundo. Cuando vio a Genjo le dijo: —Yo sé qué es lo que vienes a buscar en nuestro país. Escucha atentamente —y le leyó el sutra del *Hannya Shingyo*, el sutra de la gran sabiduría. Para Genjo ésta fue la alegría más grande. Continuando su camino a través de la India, no dejó de cantarlo por miedo a que se le olvidara, aumentando su ardor cuando su vida corría peligro. Se encontraba en el centro de la India cuando, una noche, el monje anciano se le apareció de nuevo al lado de la cama. Genjo quedó muy sorprendido. —¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó. —Soy Avalokitesvara, el bodhisattva Kannon —respondió la aparición—. ¡Quiero darte el conocimiento exacto del maravilloso sutra del *Hannya Shigyo*; por eso he venido hasta ti! — apenas hubo terminado de hablar desapareció de nuevo, dejando a Genjo solo en la habitación, en posesión del espléndido tesoro del *Hannya Shingyo*—, desde entonces comprendió perfectamente toda su profundidad y podía recitarlo tanto en sánscrito como en chino antiguo. Así pudo realizar su voto y llevar este sutra de la gran sabiduría a su país.

Calor, mucho calor

Tanzan, un maestro zen muy célebre dirigía un entierro según el ritual. Delante del ataúd, con un tizón encendido trazó un triángulo en el espacio—, todos los asistentes esperaban las maravillosas palabras de costumbre, pero la boca del maestro permaneció herméticamente cerrada. Entonces, mientras los asistentes miraban fijamente los rayos del sol poniente que, cayendo directamente, abrasaban el cráneo afeitado del maestro... éste dijo—. —¡Calor, calor, oh, mucho calor! Hizo un saludo desenvuelto delante del ataúd y volvió a su sitio. Es inútil decir que los asistentes se quedaron mucho tiempo intrigados e incluso mucho después de que el ataúd fuese, puesto bajo tierra.

El viento en el saco

Hace mucho tiempo, en un templo, un monje dijo a su monjecillo: —¡Qué calor más insoportable! Ve a buscarme viento fresco a la montaña de enfrente. El monjecillo tomó un gran saco y se fue a la montaña de enfrente. En el camino, le entraron ganas de dormir. Se acostó y cayó en un sueño profundo. Cuando se despertó, era casi de noche. "Me he dormido... ¿Qué hago? Si vuelvo sin nada, voy a caer en la trampa del superior." Al cabo de algunos momentos de reflexión, se dijo: " ¡Ya lo tengo!" Se levantó, amoldó el saco a su trasero y soltó un pedo, otro y volvió a repetirlo hasta que el saco estuvo lleno... Con el saco en la mano, volvió al templo. El monje le dijo: —¡Vienes tarde! ¡Hace mucho que te espero! ¡Y bien! ¡Rápido, saca el viento! —De acuerdo! —dijo el monjecillo y abrió el saco. ¡Púaf! ¡Qué peste! —¡Qué

mal huele el viento de hoy! —exclamó el monje. El monjecillo, fríamente, sin conmovirse, le respondió: —Es el calor, el viento también huele cuando está encerrado.

Entre por el atrio

Un monje llamado Choro fue a visitar a Kisan, el discípulo del maestro Tosan. —¿Cómo se puede romper el estrecho atrio con la punta de la flecha? Kisan le respondió: —Por favor, entre por el atrio y deje fuera al huésped. Kisan le dio a Choro siete golpes con un enorme kyosaku... Le llovieron golpes por todas partes, incluso sobre la cabeza. —Ahora puedo admitirle, reconocerle, pero tendrá que dudar durante treinta años; así podrá resolver este problema. ...Hay que dudar durante treinta años... ¡Este atrio es realmente de hierro! Aquí y ahora, nadie puede atravesarlo, ni siquiera Choro pudo.

Pasearse por la montaña

Un maestro se paseaba por la montaña. A su vuelta, uno de sus discípulos le preguntó: —Maestro ¿por dónde ha ido a pasear? —Por la montaña —respondió el maestro. El discípulo insistió: —Pero ¿qué camino ha tomado, qué es lo que ha visto? El maestro le respondió: —He seguido el olor de las flores y he vagado siguiendo los brotes jóvenes. Hay que dejarse guiar por el dharma del Buda; hay que tener confianza en las hierbas y en las flores que crecen sin meta, sin egoísmo, naturalmente, inconcientemente. Esta respuesta surgió de la fuente de la sabiduría. La verdadera sabiduría debe ser creada más allá del saber y de la memoria.

Pulir la teja

Es un famoso mundo entre Baso, discípulo de Seigen Nengaku, que era el mismo discípulo de Eno, y su maestro. Baso estaba en zazen cuando su maestro le pregunta. —¿Qué haces? —Hago zazen. —¿Qué idea! ¿Por qué haces zazen? —Para transformarme en buda. El maestro coge una teja de una techumbre y comienza a pulirla. Entonces Baso le pregunta: —Maestro, ¿cuál es vuestra idea? ¿Qué haces? ¿Por qué pulis esa teja? —¡Quiero hacer un espejo! —Pero... ¡no lo conseguirás nunca, maestro! —¿Y cómo es posible transformarse en buda practicando zazen? —responde el maestro.

Larvas en un cadáver

Un sutra relata un mundo entre Sariputra y uno de sus discípulos. Este último contemplaba los huesos de un cráneo en descomposición en un cementerio. Gusanos y larvas pululaban por los orificios. El discípulo preguntó a su maestro: —¿Qué es esto? ¡Qué horrible visión! Sariputra le respondió: —Estos huesos que ves eran la cabeza de una mujer muy hermosa. Hasta el momento de su muerte no pensó más que en su belleza y tuvo numerosos amantes. Su apego a la belleza era inmenso. Ni siquiera después de la muerte pudo desapegarse de su belleza. ¡Su conciencia se ha perpetuado en el deseo de un hombre muy rico! Su mal karma la ha convertido en larvas hormigueantes en un cráneo putrefacto.

La naturaleza del Buda

Un discípulo llamado Eschin llevaba siempre su vaca con él cuando iba a escuchar las enseñanzas de su maestro. Una tarde, al volver después de una lectura del *Hoke Kyo* (Sutra del Loto), con su rabo, la vaca escribió este tanka en la arena del camino.

Esta tarde he oído que incluso las hierbas, incluso los bosques, podían tener el espíritu del buda. Soy muy feliz ya que tengo un espíritu.

¿Cuál es el significado de estas palabras? La vaca pensaba que las plantas, los árboles no tenían espíritu. Sin embargo, esa tarde,

comprendió que no era más que un animal, pero que tenía un espíritu. —Yo también poseo la naturaleza del Buda. Mi maestro me ha dado hoy una enseñanza preciosa. Por este espíritu puedo comprenderla. Los árboles, las piedras, los bosques, todos los elementos del cosmos entero poseen la naturaleza del Buda.

El espejo en el cofre

De vuelta de una peregrinación, un hombre compró en la ciudad un espejo, objeto que desconocía. Creyó reconocer en él la cara de su padre y maravillado se lo llevó a su casa. Sin decirle nada a su mujer, lo colocó en un cofre, en el primer piso. De vez en cuando, cuando se sentía triste y solitario, iba a "ver a su padre". Su mujer le encontraba muy raro cada vez que le veía bajar de la habitación. Un día, le espío y vio que abría un cofre y se quedaba mucho tiempo inclinado sobre él. Una vez que el marido se fue, abrió el cofre a su vez y vio en él a una mujer. Ardiendo de celos, arremetió contra su marido. ¡Gran pelea de matrimonio! ¡El marido sostenía que se trataba de su padre que estaba escondido en el cofre! Afortunadamente pasó por allí una monja zen. Quiso solucionar el conflicto e hizo que le enseñaran el cofre objeto del litigio. Al bajar declaró: —En el cofre no hay ni un hombre, ni una mujer ¡sino simplemente una monja!

Pensar, no pensar

En la montaña, un canastero hacía una cesta, trabajando cerca del fuego. Llegó la vieja de la montaña. —¡Hace un frío de perros! — dijo. El canastero se dijo: "Horror! ¡La vieja de la montaña! ¡Tengo que tirarle cenizas!" La vieja le dijo: —¿Quieres tirarme cenizas? El hombre quedó desconcertado. Se dijo: "Voy a hacer que pruebe mi hacha". Ella le dijo: —¿Quieres atacarme con tu hacha? El se dijo: " ¡Adivina todo lo que pienso! ¡Va a devorarme!" Y una vez más la vieja le dijo lo que pensaba. Entonces decidió no pensar más y continuó su trabajo intensamente, en silencio. De pronto, sin reflexionar, le arrojó un puñado de cenizas a la cara. La vieja huyó vencida, a la llanura.

Gran maestro, gran discípulo

El gran maestro de Kyodo^[5] tenía un discípulo, Kisho. Este no podía conseguir vencer a su maestro. El maestro era el maestro. Por eso el discípulo esperaba la muerte de su maestro. Pero éste, muy fuerte y en excelente salud, no estaba próximo a morir. Por lo tanto, decidió matar a su maestro. Un día, Kisho se entrenaba en el tiro con arco en un campo cuando el maestro Kyodo apareció y fue a reunirse con él. Justo en este momento, el discípulo lanzó una flecha apuntando a su maestro; pero el maestro tiró igualmente... las dos flechas se encontraron en pleno vuelo y cayeron. El discípulo tiró nueve veces y, cada vez, la flecha del maestro detuvo la del discípulo. Kisho tenía diez flechas, Kyodo no tenía más que nueve. El discípulo lanzó pues la décima, la última flecha. Kyodo cogió su lanza, la arrojó y cortó la

flecha en vuelo. El discípulo no pudo más que hacer sampai.¹⁶¹ El maestro y el discípulo se abrazaron. —¡Oh gran maestro! —¡Oh gran discípulo! Al desaparecer, al desvanecerse su ego, entraron en las relaciones eternas de maestro a discípulo. Esta metáfora significa que ninguna técnica es tan eficaz como la sabiduría que nace del orden cósmico. Las técnicas y todas las ciencias que están dirigidas por la razón no tienen ningún valor frente a la intuición justa.

El espíritu de la anciana

Tetsu había recibido la educación del maestro Dogen. Joven, inteligente, bueno en zazen, bueno en samu, era el tercero de Eihei-ji. Ejo, de más edad que Dogen, era sin embargo su discípulo y sirviente. Respetaba mucho a Dogen, y Dogen igualmente también sentía un gran respeto por él. Ejo tenía un espíritu profundo, lleno de compasión. Tetsu era "perfecto" y muy hábil: sutra, postura, zazen, comportamiento, todo estaba muy bien. Pero tenía un punto débil: no tenía "el espíritu de compasión de la anciana" y no podía seguir el orden cósmico. Por eso Dogen, poco antes de morir, le llamó y le dijo: — Tú comprendes todo el budismo, pero no puedes abandonar tu habilidad y tu inteligencia. Debes tener "el espíritu de la anciana, el espíritu de la gran compasión". Esta compasión debe ayudar a toda la humanidad entera. No debes pensar solamente en ti mismo. Tenemos en nosotros el espíritu de Buda, que no es ni raro ni especial. Debemos creer en él inconciente, natural, automáticamente. Esta es la verdadera fe. Nosotros y Buda no estamos separados. Hay que ir más allá del poder del Buda o de Dios. Esto significa perder el ego y tener el espíritu de la compasión. Pero esto no depende ni de la inteligencia, ni de la técnica, ni del saber.

La leyenda hindú

Una leyenda hindú nos cuenta la historia de un rey contemporáneo al Buda. Este rey, acompañado por su radiante esposa, partió de la montaña. Mientras que el rey dormía, su joven mujer se escapó para ir a visitar a un ermitaño que practicaba zazen en una pequeña ermita. Este ermitaño recibía numerosas visitas femeninas... El rey, celoso, empezó a sospechar de él. —¿Por qué van las mujeres a contemplar a este ermitaño? —se preguntaba. Furioso fue hacia allí. Este ermitaño tenía una inmensa paciencia. —¿Qué haces? —le preguntó el rey. —Practico la paciencia —le respondió el ermitaño. —¿Te encolerizarás si yo me encolerizo? —No, nunca —dijo el ermitaño. —¿Aunque te mate y te descuartice en trocitos? —le preguntó el rey. —No —respondió el ermitaño. Entonces, el rey le descuartizó, trocito á trocito, los dedos, las manos, las orejas, las piernas... En el sutra que relata esta historia, el nombre del rey es "El descuartizador". Pero cosa extraña, el ermitaño no quedó ni siquiera herido y continuó practicando la paciencia en la actitud del no-ego.

Una plancha en el mar

Un día, un monje confirmado y un novicio viajaban en barco. Se desencadenó una fuerte tempestad y el barco se fue a pique. El monje joven pudo atrapar una tabla a la que se aferró y nadó hacia el monje mayor, que no tenía nada para ayudarse a flotar. —¿Comprendes la enseñanza del Buda? —preguntó al monje novicio. Entonces, sin ningún pensamiento, el monje joven, espontáneamente, le ofreció su tabla. En ese momento, el dios del mar, el Gran Dragón, sorprendido por la actitud del joven monje, desencadenó una ola alta como una montaña que llevó al novicio hasta la orilla. El maestro Dogen concluye: —Este monje comprendía la práctica de la sabiduría. Seguía el orden cósmico.

Comprendió la enseñanza del Buda sin pensar, sin ninguna duda. Cuando seguimos la ley cósmica, no podemos caer en la duda o en el escepticismo. La verdad es practicada espontáneamente, sin conciencia personal. No podemos caer en el error. Zazen, practicado mushotoku,^[7] abre la puerta de la verdadera libertad. Debemos creer sin pensar... Eso es la fe.

La rama de pino

En el Japón antiguo, un gran monje, administrador de Eihei-ji, efectuaba a menudo importantes transportes de dinero. Un día, un ladrón se puso a seguirle con la esperanza de apoderarse del rico botín. Una noche, a pasos de lobo, entró en la cabaña donde pensaba encontrar el monje dormido y el dinero. Abrió suavemente la puerta y antes de entrar echó un vistazo a la estancia: ¡Nadie! El claro de luna inundaba el cuarto; su luz iluminaba el centro de la estancia... ¡sólo había una simple rama de pino! El ladrón se dijo extrañado: "¿Por qué está vacía? El monje no ha salido. Debería estar aquí ¡le he visto entrar!" Volvió a salir para mirar fuera, después entró. ¡Nada! Hizo varias veces la misma operación; en el cuarto vacío, la Luna iluminaba únicamente la rama de pino. Finalmente decidió ir a ver más de cerca, pero no encontró nada... nada de dinero, solamente la rama de pino. Entonces pensó que este monje poseía poderes mágicos que le permitían transformarse en pino. "¡Ese poder es mucho más interesante que el dinero —se dijo—, ya que permite escapar de cualquier persecución de los guardias! ¡Tengo que conocer ese poder!" Y, de madrugada, se dirigió de nuevo a la cabaña, y encontró al monje en el centro de la estancia... ¡la rama de pino había desaparecido! —¿Dónde estaba usted la noche pasada? —preguntó el ladrón. —¡Estaba aquí, practicando zazen y no poseo ningún poder mágico! —respondió. El ladrón le pidió que le enseñara cómo practicar zazen, y el monje le enseñó la postura.

Hermosa velada

Baso y tres discípulos, Hyakujo, Nansen y Chizu, contemplaban juntos la Luna en otoño. Hyakujo dijo: —Esta noche es ideal para hacer una ceremonia budista. Nansen dijo: —Esta noche es perfecta para hacer zazen. Chizu no dijo nada. Sólo miraba la Luna. Entonces Baso dijo: —El sutra ya ha penetrado en el depósito de la sabiduría.^[8] Después ha vuelto al Océano, a lo universal.

La pelota rueda

Seppo Gisen tuvo una charla interesante con su discípulo Gessha: el mundo de la pelota. Un día que el anciano jugaba a la pelota, Gessha le preguntó: —¿Por qué rueda la pelota? —La pelota es libre. Es la verdadera libertad. —¿Por qué? —Porque es redonda. Puede rodar por todas partes, no importa en qué dirección, libremente. Inconciente, natural, automáticamente,

Ni joven, ni viejo

En China, un gran maestro, Baso, repetía siempre durante sus conferencias: **"Soku shin soku butsu". (El espíritu mismo es buda.)** Y sus explicaciones se fundaban siempre sobre esta enseñanza. Pero un día, el maestro Baso cambió de frase y dijo: **"Hi shin hi butsu". (Más allá del espíritu, más allá del buda.)** Uno de los grandes discípulos de Baso vivía en un dojo situado en la montaña y separado de su maestro. Algunos discípulos le visitaron y le dijeron: — Nuestro maestro ha cambiado. Ahora dice: **"Hi shin hi butsu"**. Pero este discípulo continuó con la sentencia antigua: **"Soku shin soku butsu"**. Por eso los demás arremetieron contra él: —Estás caduco, no puedes comprender el cambio de nuestro maestro. Debes seguir lo que él dice: "Más allá del espíritu, más allá del buda". Pero él les respondió: —¿Por qué cambiar? El espíritu mismo es buda. No cambiaré. Los discípulos volvieron al dojo de Baso y le contaron la discusión. Después de haberles escuchado, el maestro les dijo:

El fruto de la palmera está maduro.

A partir de ahora es posible comerlo.

Ahora, mi discípulo no es ni joven, ni viejo.

¡Lo ha logrado!

La pesca y el peral

La condición de un pescador desafortunado se agravaba cada día, ya que su pesca no dejaba de ser muy mala desde hacía meses. Una tarde de invierno, un monje llamó a su puerta y le pidió hospitalidad.

Inmediatamente el pescador le ofreció su modesta morada. Le dio su cama y su única manta. Cortó ramas de pino y encendió fuego (según algunas versiones, quemó sus getas o sandalias de madera). Como no tenía qué comer fue a pedirle prestado a su vecino y cocinó arroz que dio al anciano monje. A la mañana siguiente fue a saludarle para decirle adiós. El día avanzaba y tenía que volver a su barca tal y como lo hacía cada día, incansablemente. Se preparó para dejar al anciano monje, pero éste le dijo: —¡Voy con usted; coja esa salmuera que tiene ahí! — Una vez a orillas del lago, el monje tomó la salmuera y la arrojó al agua, después le dijo al pescador: —Tome su barca y vaya a pescar, después vuelva a verme. Volvió... con grandes cestas llenas de peces. Y no transcurrió una mañana sin que, yéndose a pescar al lugar en el que el monje había arrojado la salmuera, volviera con las canastas llenas. Esta es una buena historia. He aquí otra, que cuenta lo contrario de la anterior. Un monje que iba de viaje tenía mucha sed. Encontró un peral y fue a pedir a la anciana hortelana autorización para coger un fruto. Ella se negó secamente. El monje no insistió y continuó su camino. Pero la historia cuenta que la anciana no obtuvo ni una sola pera más de su peral, que se volvió tan duro como una piedra. Aún en nuestros días, en esta ciudad, se puede ver este peral seco.

¿Con qué espíritu va a comer?

Tokusan, el famoso erudito del Kongo Kyo. oyó hablar un día de un maestro al que todo el mundo tenía por muy grande: el Maestro Ryutan (literalmente: "el Lago del Dragón"). Creyéndose imbatible en su conocimiento del Kongo Kyo y, por eso mismo, considerándose alguien de gran valor, se apoderó de él el deseo de encontrarse con este maestro al que se le estimaba más que a él, y de retarle. Al llegar a la puerta del templo, Tokusan vio el puestecito de una anciana. Vendía pasteles de arroz. Ryutan pidió tres. Su aire fanfarrón despertó el interés de la anciana. —¿Qué lleva usted bajo el brazo? —le preguntó. —Es un texto altamente precioso y de tal profundidad que no puedo hablarle de él. Es el Kongo Kyo. Pero esto no significa nada para usted, ¡deme pues mis pasteles de arroz! —Soy ignorante, es verdad, pero curiosa —dijo la anciana—. Quiero hacerle una pregunta y le daré mis pasteles de arroz con la única condición de que responda. ¿No es verdad que en ese precioso y profundo texto está escrito que el espíritu del pasado es inatrapable, inatrapable el espíritu del presente, inatrapable igualmente el espíritu del futuro? Entonces, dígame ¿con qué espíritu va usted a comer mis pasteles de arroz? ¿Qué espíritu elegirá...? ¿El espíritu del pasado, el del presente o el del futuro? Tokusan quedó estupefacto... No pudo obtener sus pasteles de arroz que se habían vuelto inatrapables. Muy perplejo, pensó que Ryutan debía ser un gran maestro para que una viejecita, simple guardiana del templo, pudiera tener el espíritu tan hábil. Franqueó la puerta del templo inmediatamente y fue a ver a Ryutan. Fue acogido simplemente. Su cama preparada y su tarea definida, se le pidió que se retirara hasta el día siguiente. Cada día, Tokusan barría el patio con aplicación, rastrillaba el jardín, limpiaba las salas del templo, y los días transcurrían así. —He venido aquí porque he oído decir que Ryutan es el gran dragón del lago; ¡pero en este lago no veo ningún dragón! —exclamó un día, exasperado y cansado. El maestro Ryutan aceptó el mundo. Este se prolongó hasta avanzadas horas de la noche. Fatigado, el maestro Ryutan le dio permiso para retirarse. Pasado el umbral, la oscuridad era total. Por eso el maestro Ryutan fue a buscar una vela. Pero en el instante preciso en el que se la tendía a Tokusan sopló y la apagó. La oscuridad se hizo de nuevo, más espesa que antes. En ese instante Tokusan obtuvo el satori. ¿Cómo obtuvo el satori? Es el koan.

¡Sal! ¡Entra! o la severidad del maestro Kiss

Érase una vez, en la China antigua, un gran maestro zen llamado Kiss. Su enseñanza era de una gran severidad y de una gran dureza. Un tal Hun, acompañado de algunos amigos, fue un día a verle. El maestro Kiss no le acordó enseguida el permiso de entrar en el dojo. Durante un mes hicieron zazen sobre el estrado exterior. Un día, el maestro Kiss cogió un cubo de agua fría y con un cazo se la vertió sobre la cabeza. Enfadados, decidieron irse, pensando que este maestro era completamente estúpido. Sólo Hun se quedó. —He venido desde lejos; he recorrido más de tres mil li para buscar la Vía. ¿Cómo podría irme por un poco de agua fría? El maestro Kiss le respondió: —¡Eres un tipo extraño! Has venido aquí para buscar la Vía ¡qué maravilla! No es corriente encontrar personas como tú que vengan a buscar la Vía. ¡Te creía un vagabundo, pero tienes bastante coraje! Hun se quedó en el templo, donde ocupó con el tiempo la función de tenzo, de cocinero. La mayoría de los monjes parecían fatigados y subalimentados ya que el maestro Kiss les trataba muy severamente, muy particularmente a sus "unsui". La alimentación era muy frugal. No obstante "Hun el tenzo" pensaba que, durante las sesshin era esencial dispensar una buena alimentación. Y, durante la ausencia del maestro, cogió de su habitación las llaves de la despensa, de la que sacó todo tipo de víveres que preparó para todos. El maestro Kiss llegó en el momento de la comida y, al ver el espectáculo, entró en una furiosa cólera. —¿De dónde habéis sacado toda esa comida? —gritó Inmediatamente llamó al tenzo a su habitación—: ¿Quién te ha dado todo eso? Hun respondió: —Perdón, maestro. Durante su ausencia he cogido la llave de la despensa y he sacado estas provisiones que he preparado para todos los discípulos. Entonces el maestro Kiss le gritó: —¡No eres más que un ladrón! ¡Sal de aquí! ¡Fuera! ¡¡¡ Y que no te vuelva a ver nunca más!!! Hun salió, pero pasaba sus días vagando alrededor del templo. Convertido en mendigo, pedía y volvía a pedir sin cesar el permiso de volver a entrar al templo. —¡Se lo ruego, maestro, permítame volver! ¡El maestro Kiss no abría la puerta! Entonces Hun se puso en zazen en

el jardín del templo. El maestro Kiss fue a verle y le dijo: —¡No puedes hacer zazen aquí! Este es el jardín del templo. ¡Me lo has cogido prestado y ahora debes pagarme muy caro! Y de nuevo, Hun se puso a mendigar y entregó todo su dinero al maestro Kiss... Estaba agotado. Entonces el maestro Kiss, le miró larga y profundamente y le dijo: — Ahora buscas verdaderamente la Vía. ¡Entra! El maestro Kiss le dio el shiho y Hun se convirtió a continuación en *godo* del dojo. Hun había comprendido el secreto del soto zen. Había comprendido la contradicción aparente de la enseñanza del maestro.

El hijo mendigo

Érase una vez el hijo de un rico propietario que se hizo mendigo. Durante largos años no había dejado de vagar. Separado desde hacía mucho tiempo de su familia, había olvidado la cara de sus padres... y su domicilio. Pero un día, las circunstancias hicieron que se encontrara frente a esta espléndida casa. Cada elemento de la casa, ventanas, cortinas, puertas, eran para él tesoros... se sintió trastornado y, preso del pánico, huyó de nuevo. Pero su padre le había reconocido y, para hacerle volver, tuvo que utilizar una estratagema, ya que su hijo rebelde se habría negado a verle. Envío a uno de sus servidores, seguro y fiel, para que siguiera a su hijo. Vestido con ropa sucia y usada, el criado, convertido en mendigo, entró en el grupo al que pertenecía el hijo, compartiendo con él su pobre vida y su mala comida. Poco a poco, se estableció una gran confianza entre ellos y terminaron unidos por profundos lazos de amistad. Poco a poco, el criado se convirtió en guía y el hijo le imitaba en todo lo que hacía. Poco tiempo después, el criado entró de nuevo al servicio de su antiguo señor, el hijo le siguió. Al principio fue contratado como criado, se le ordenó que fuera asistente en la cocina y se ocupó de tareas bajas. Después se le permitió cambiar de vestidos y entró al servicio de la sala familiar. Con el tiempo, el espíritu del hijo se transformó y se adaptó a la riqueza. Por último, un día, como su padre ya le sentía maduro, le llamó y le dijo: -Eres mi hijo. Debes aceptar mis bienes. El hijo no podía creerle, pero el legado paternal le proporcionó la prueba. ¿Qué significaba esto? Es el shiho, la

transmisión del maestro al discípulo.

La piedra preciosa

El sutra del Loto cuenta esta historia. Dos amigos se encontraron después de una larga ausencia. Uno era rico, el otro, vagabundo. Bebieron juntos el saké del reencuentro. El vagabundo, un poco borracho, se durmió y el amigo, lleno de compasión, antes de partir, le metió en el bolsillo un gran diamante. "Si mi pobre amigo tiene dificultades, podrá venderlo y sacar una buena suma por él", pensó. Pero al despertarse, el vagabundo no encontró el tesoro. Continuó su vida de pobre. Un año después, las circunstancias hicieron que se encontraran de nuevo. —¿Cómo? ¿Por qué sigues siendo pobre? —¡Oh! Soy incapaz de ganar dinero. —¡Qué imbécil eres! —le dijo su amigo—. ¿No has encontrado el tesoro que te puse en el bolsillo? Por eso Keisan escribió: *"Si os doy una piedra preciosa, devolvédmela rápidamente. Si no lo hacéis ahora... ¿cuando podréis hacerlo? Aquí y ahora tenéis que encontrar la naturaleza del buda."* Algunos dicen siempre: "Después... después..." Por último entran en el ataúd y siguen repitiendo: "Después... después..."

Historias de shibo: la médula

Un día, cuando hubo acabado de predicar, Buda Shakyamuni dejó vagar su mirada por la asistencia y sonrió: tenía una flor de loto entre

sus dedos y la hizo dar vueltas lentamente. Únicamente Mahakashyapa sonrió... —Sin palabra, de espíritu a espíritu, había comprendido. Entonces el Buda le dijo: —El Shobogenzo, el maravilloso espíritu del nirvana, lo transmito a Mahakashyapa. Los demás discípulos quedaron muy sorprendidos. ¿Por qué?

Igualmente, entre Bodhidharma y Eka, la transmisión se efectuó de una manera curiosa. Después de una larga discusión con Eka, Bodhidharma se sumergió en un silencio glacial. Eka se prosternó en un espíritu de abandono absoluto. Cuando volvió a levantarse, Bodhidharma le dijo: —Aquí y ahora, has obtenido la médula de mis huesos.

El maestro Umon había tomado la costumbre simple de asentar golpes de kyosaku^[9] al discípulo que fuera a hacerle una pregunta: treinta golpes de kyosaku por la mañana, treinta golpes por la tarde. Su transmisión la dio de la misma manera.

Los dos espíritus de Senjo

Una familia de la China del siglo XI tenía una hija única, maravillosa, llamada Senjo. Su padre, Chyo-Kan, le había dicho un día a su sobrino Wanchu, ante la compenetración perfecta que existía entre los dos adolescentes desde su más tierna infancia, que cuando tuviera la edad podría casarse con su hija. Pero el gobernador de la provincia vio la fabulosa belleza que se ocultaba en esta ciudad y pidió su mano al padre quien, lleno de orgullo, olvidó su promesa de antaño. Los dos amantes, abatidos por la tristeza, no sabían qué hacer. Y Wanchu, devorado por la pena, decidió alejarse de este lugar desgraciado. Una noche, cogió su barca de pesca y se dejó ir a la deriva a lo largo de la corriente del río hacia otras tierras. A medianoche, bajo la claridad de la luna llena, vio una sombra que corría por la orilla, ¿Un fantasma? No, la sombra le llamaba, reconoció una voz, se acercó: ¡era ella, Senjo! — Quiero ir contigo —dijo ella. Se instalaron en una ciudad a orillas del río. Pasaron cinco años, la joven esposa dio luz a dos niños. Wanchu, de

hábilis manos, encontró trabajo sin dificultad. Pero un día ella le dijo: —Mis pobres padres deben estar preocupados por mí. ¡Ha pasado tanto tiempo! Vayamos a visitarles. Así lo hicieron. Cuando llegaron a la ciudad, Wanchu fue primero solo a la casa familiar para evitar una sorpresa total. Con gran sorpresa para él, los padres le recibieron con gritos de alegría y le dijeron: —Desde que usted se fue, nuestra hija no ha dejado su lecho, inconciente, muda, inmóvil. Sálvela. Pero Wanchu, como no comprendía nada les dijo: —Pero no, su hija está allí fuera con los dos niños nacidos de nuestra unión. Todos fueron a la habitación: la joven con la tez pálida se despertó y sonrió. Wanchu, alucinado, se lanzó corriendo hacia fuera a buscar a Senjo. A su vuelta, encontraron a los padres con su hija en el portal: parecían dos gemelas que están frente a frente y... brutalmente desaparecen la una en la otra para no formar más que una sola persona: la mujer de Wanchu, la hija de Chyo-Kan. Entonces el padre dijo: —Sólo el espíritu de mi hija le ha seguido, ha estado usted acompañado por un fantasma. —No, el fantasma yacía aquí. Yo huí para unirme con él y mis dos hijos testimonian la autenticidad de mi cuerpo. ¿Quién dijo la verdad? Este famoso cuento relatado en el *Mumonkan* se convirtió en un célebre koan: en nuestra vida cotidiana estamos a menudo en estado de doble personalidad, la que sueña y la que es realmente. ¿Cuál es el verdadero "yo"? ¿Existen un cuerpo y un espíritu separados? El cielo y la tierra tienen la misma raíz y son un mismo cuerpo, sin límites, infinito, eterno en todas las existencias.

Koan del más anciano

El maestro Dogen en el *Shobogenzo*, escribió lo que sigue:

"Querer ser el primero en la vida, competir con los demás es totalmente ineficaz; diferenciarse del grupo, de la multitud es algo exterior a la ley, al orden de la Ley, al Orden."

Mi maestro Kodo Sawaki se sintió muy impresionado al leer esta frase, ya que él había pensado llegar a ser un gran monje. Tenía en él el

espíritu de competición. Evidentemente no hay que caer en la debilidad. Siguiendo a los demás, hay que hacer esfuerzos. A fin de cuentas, ocupar una posición preeminente no es tan importante. ¿Por qué empujar a los demás para ser el primero en los problemas del dinero, del honor, en el terreno espiritual? En los tiempos antiguos un elefante, un mono y un palomo celebraron un congreso en el bosque; —Debemos vivir en paz, juntos, unidos íntimamente, siguiendo el orden del más anciano. ¿Quién es el más anciano, el más viejo de nosotros? El elefante dijo: —Cuando yo llegué a este bosque, los árboles tenían el tamaño y el espesor de mi cola. El mono respondió: —Cuando yo llegué aquí, los árboles tenían el tamaño de mi cola, eran muy pequeñitos. El palomo añadió: —Cuando yo llegué aquí, volando, todo era minúsculo como mi cola... Entonces el mono se subió sobre la espalda del elefante, y el palomo se instaló sobre la cabeza del mono, y todos juntos se pusieron a cantar: —Debemos respetar al más anciano. Debemos vivir en este bosque siguiendo el orden del más antiguo. Esté es el origen de la paz en el mundo.

El hijo en la cama

Una antigua historia china cuenta que en una gran templo vivía una monja muy bella. Era muy tranquila y de una moral irreprochable; vivía también otra monja, pero de una moralidad muy ligera: a veces iba a ver a los monjes, sola. La monja hermosa era verdaderamente casta. Un día la joven le preguntó: —Usted es hermosa, la más bella de la comunidad de este templo y es joven aún. ¿Por qué se hizo monja? ¿Por qué no está usted casada? —Estuve casada —respondió—. Voy a contarle mi historia: mi marido y yo nos amábamos profundamente, sobre todo mi marido me amaba. Un niño nació de nuestro amor, pero su padre murió poco tiempo después. Por eso amé aún más a mi hijo y le rodeé con todo mi profundo afecto. Cuando tuvo 17 años, muchas chicas jóvenes estaban enamoradas de él, pero a todas las rechazaba. Su salud se debilitó. Poco a poco cayó enfermo. Enflaqueció mucho. Ningún médico podía encontrar el origen de su enfermedad. Yo estaba cada vez más ansiosa y pensaba que el origen de su enfermedad debía

estar en problemas de orden moral. Seguramente su espíritu estaba atormentado. Entonces pregunté a su amigo íntimo si le había hecho alguna confidencia. Este me dijo: —Su hijo me confió un día que la amaba por encima de todas las cosas y que su más querido deseo era poder amarla profundamente una noche. "Quedé muy sorprendida por esta respuesta, pero no sufrí verdaderamente mucho. Decidí dormir con mi hijo, ya que para mí sólo su vida contaba y pensaba que éste sería el medio de salvarla. Sinceramente lo creí así. Di entonces permiso a mi hijo para que viniera a mi cama cuando quisiera. Así fue que a la noche siguiente, mi hijo, en quien no había visto después de mucho tiempo una expresión feliz, vino a acostarse a mi dormitorio y se acercó a mi cama. En el momento en el que quiso entrar y abrazarme, grandes sacudidas estremecieron la casa, una parte de la cual se hundió. Una profunda grieta se abrió al lado de la cama. Mi hijo cayó en ella. Quise sujetarle, pero únicamente sus cabellos quedaron en mis manos. Desapareció. No sé por qué milagro mi cama y yo fuimos respetadas. Entonces le enseñó los cabellos de su hijo a la monja joven. —Siempre los llevo conmigo en mi cinturón. Por eso me hice monja. Antes, apenas me preocupaba de la moral, pero ahora, me pregunto siempre de qué manera puedo resolver mi karma. Es un koan. ¿Cómo resolver el karma?

La anciana, el monje y la joven

Había una anciana que albergaba a un monje joven, un monje muy guapo de finos rasgos. Vivía en una ermita y se abismaba día y noche en la práctica de zazen, en una pequeña y preciosa ermita que la anciana le había hecho construir en un rincón de su jardín. Allí vivió varios meses, varios años. Un día, llegó a casa de la anciana una joven muy bella. La anciana le dijo: —Ve a ver al ermitaño. Seguramente hace zazen en este momento. Ve y bésale. Al verle, la joven le dijo: —Bello ermitaño, le amo. Detenga su meditación y haga el amor conmigo. Entonces el monje respondió: —Soy parecido al árbol seco, a la roca fría. Aunque me beses no sentiré absolutamente nada. La joven volvió con la anciana quien se precipitó a preguntarle lo que había pasado. La

joven le contó la conversación. —¡Cómo he podido perder tantos años protegiendo a este monje estúpido! —exclamó la anciana furiosa y fue a quemar la ermita. ... Koan... ¿Cómo habría tenido que reaccionar este monje?

Zazen sobre el pino parasol

En China, había un monje llamado Maestro Dori. Hacía zazen sentado sobre un pino parasol y se le apodaba el Maestro Nido de Pájaro. Un poeta muy célebre, Sakura-ten, le hizo una visita y cuando le vio hacer zazen, le dijo: —¡Tenga cuidado! Es peligroso, podría usted caer del pino. —¡Qué va! —respondió el Maestro Dori—, Es usted quien está en peligro. Aquí y ahora, yo hago zazen, mi espíritu está completamente fijo. Usted no hace zazen y está siempre lleno de pasión. Usted escribe poemas y su espíritu está sin cesar en movimiento, sensible, ansioso, atormentado. Sakuraten reflexionó: "Sí, siempre soy presa de las pasiones. Eso es como jugar con fuego." Preguntó al maestro zen.: —¿Cuál es la verdadera esencia del budismo? El Maestro Dori respondió: —No haga el mal, practique solamente el bien. Practicar el bien es muy simple. Esta es la esencia del budismo. El poeta sonrió. Todo el mundo puede comprender esto. Incluso un bebé.

Una campanita, un fantasma, la gran campana

Antiguamente, un monje "unsui" pasaba sus días en las calles, haciendo tintinear su campanilla: "Tilín, tilín, tilín..." Una noche que buscaba un lugar para dormir, todo el mundo le negaba hospitalidad a este monje mendigo. Fue llamando pacientemente hasta la última casa del pueblo. Allí le indicaron un templo no demasiado alejado pero abandonado, ya que todos los que quisieron dormir en él fueron ahuyentados por un horrible monstruo. El monje decidió ir. Le dijo al campesino que le contó todo esto: —Si oye usted el sonido de la gran campana, venga a ver lo que pasa. Y se fue al templo agitando tristemente su campanita. Entró en la primera habitación y se enroscó como una bola para dormir sobre el tatami que olía a moho. Después de zazen y un sutra se durmió. A medianoche, le despertó un gran alboroto infernal cerca de él. ¡Un gran cuerpo en forma de bola agitaba pies y manos cerca del monje! Bruscamente el monje gritó con voz baja y fuerte.- —¿Qué es esto? Una voz respondió: —¡Yo! Soy la olla del té del templo. ¿Y tú quién eres? El monje se presentó: —Soy un monje. Entonces, de pronto, todos los objetos empezaron a bailar alrededor de él. La olla repitió: —¡Yo! Yo soy la olla del té del templo. ¿Y tú quién eres? El monje repitió: —Soy un monje. Y entonces los dos se abalanzaron y lucharon. La lucha duró largo tiempo. Por último cantó el gallo y el demonio soltó al monje y huyó. Se refugió bajo el altar. El monje se cruzó de brazos y dijo: —¡Bien! He comprendido —y tocó el konsho: "Gong, gong, gong, gong..." Los aldeanos llegaron sorprendidos. El monje les enseñó la olla: —¿Sólo era eso? Se intentó desenterrarla, pero era difícil. Ataron cuerdas y gritaron: "Yoiyakora" (¡Vamos, tirad!), los tiradores cayeron de culo cuándo la olla se desenterró, se rompió, expandiendo una gran cantidad de monedas de oro por el suelo. El monje mendigo se convirtió en el superior del templo.

Historia de generosidad: Hilo de plata, hilo de araña

"Un día, el buda se paseaba por los Cielos, a orilla del Lago de la Flor de Loto. En las profundidades de este lago, Buda podía ver el Naraka^[10]. Ese día vio a un hombre llamado Kantaka quien muerto unos días antes, luchaba y sufría en este infierno. Shakyamuni Buda, lleno de compasión, quería ayudar a todos aquellos que, a pesar de haber caído en el infierno, habían hecho una buena acción en su vida. Kantaka había sido un ladrón y había llevado una vida depravada. Por eso se encontraba en el Naraka. Sin embargo una vez, había actuado generosamente: un día que daba un paseo, vio una gran araña y tuvo el deseo de aplastarla; pero detuvo su gesto, pensando súbitamente que podía ayudarla; la dejó con vida y continuó su camino. Shakyamuni Buda vio en esta acción generosa un buen espíritu y tuvo deseo de ayudarlo. Por eso arrojó a las profundidades del lago un hilo de araña largo que llegó hasta los infiernos, hasta Kantaka. Kantaka miró este nuevo objeto y constató que era una cuerda de plata muy fuerte. Pero no quiso creerlo y se dijo que sería sin lugar a dudas un hilo de araña que pendía y que sería poco probable subir por él. Pero como deseaba ardientemente salir de Naraka, intentaría el todo por el todo. Se aferró al hilo pensando que la escalada sería muy peligrosa ya que el hilo podría romperse de un momento a otro. Pero comenzó a subir... a subir... ayudándose con los pies y con las manos, haciendo grandes esfuerzos para no resbalar. La escalada era larga. Cuando llegó a la mitad quiso mirar hacia abajo, a los infiernos, ya que seguramente estaría ya muy lejos. Arriba veía la luz y sólo deseaba llegar a ella. Inclinandose hacia abajo para mirar por última vez, vio una multitud de gentes que subía tras él en una cadena ininterrumpida desde las grandes profundidades de los infiernos. El pánico se apoderó de él: esta cuerda era lo bastante sólida justo para él; pero ante el peso de estos centenares de personas que subían por ella, seguramente cedería ¡y todos se encontrarían de nuevo en el infierno! ¡Qué mala suerte! ¡Qué cabreo! —Esa gente debería quedarse en el infierno! ¿Por qué tienen que seguirme? —maldijo contra ellos. En ese momento preciso, el hilo cedió muy exactamente a la altura de las manos de Kantaka y todos cayeron en las profundidades tenebrosas del lago. Al mismo tiempo, el

sol de mediodía resplandecía sobre el lago por cuya orilla se paseaba el buda." Esta historia es un koan.

La vida, la muerte...

Durante una conversación, el rey Milinda preguntó al bodhisattva Nagasena: —¿Qué es el samsara^[11]? —¡Oh, Gran Rey! Aquí se nace y se muere, allí se muere y se nace, después se nace de nuevo y de nuevo se muere, se nace, se muere... ¡Oh, Gran Rey, esto es samsara! El rey dijo: —No puedo comprender, se lo ruego, explíquemelo más claramente. Nagasena replicó: —Es parecido a la semilla de mango que se planta para comer su fruto. Cuando el gran árbol ha crecido y ha dado sus frutos, las gentes comen los frutos, después plantan las semillas. Y de estas semillas crece un gran mango, que da frutos. De esta manera, este mango no puede tener fin. Así es, Gran Rey, que se nace aquí, que se muere allí, que se nace, se muere, se nace, se muere. Gran Rey, esto es samsara. En otro sutra el rey Milinda pregunta también: —¿Quién renace en el mundo siguiente? (Después de la muerte.) Nagasena responde: —Después de la muerte nacen el nombre, el espíritu y el cuerpo. El rey pregunta: —¿Es el mismo nombre, el mismo espíritu y el mismo cuerpo los que nacen después de la muerte? —No es el mismo nombre, ni el mismo espíritu, ni el mismo cuerpo los que nacen después de la muerte. Este nombre, este espíritu y este cuerpo crean la acción. Por esta acción, o karma, nacen otro nombre, otro espíritu y otro cuerpo. Así, por este sutra, se puede comprender el samsara.

El tesoro

He aquí una historia tal y como se la cuenta para ilustrar el precepto "no matar". Érase una vez un joven pescador al que le gustaba pasearse por las playas que bordeaban la pequeña aldea en la que vivía, cuando no estaba en el mar realizando su dura labor. Un día como otro, en el que sus pasos le habían llevado a la playa, de repente fue sacado de sus ensoñaciones por gritos y risas de unos niños reunidos un poco más lejos, y que parecían muy ocupados. Taru Hurashima (ese era su nombre) se acercó y constató que la razón de esta agitación era la captura de una pequeña tortuga con la que disfrutaban maltratándola. Hurashima propuso un cambio a los niños: darles algunas monedas a cambio de que le entregaran la tortuga. Así fue hecho. Hurashima compró pues la tortuga, la acarició, le dio de beber saké (ya que parece que las tortugas les gusta mucho el saké) y le devolvió su libertad. La tortuga corrió rápidamente hasta el mar y desapareció en él... Pasaron los días y los meses... Quizá había transcurrido un año desde aquel acontecimiento cuando una gran tortuga se acercó rápidamente al barco en el que Hurashima pescaba. Se detuvo muy cerca y se dirigió a él: —Buenos días, joven pescador ¿no se acuerda de mí? Hace mucho tiempo usted me salvó de las manos de unos malvados pilluelos que me torturaban. Ahora, quiero testimoniarle mi gratitud. Va a ser recompensado. Monte sobre mi caparazón, voy a conducirlo a un país maravilloso como nunca lo ha podido soñar. ¡Venga le guiaré! Taru Hurashima, que no creía lo que sus oídos escuchaban, se decidió y montado sobre la tortuga, navegó hacia el lejano horizonte. No debió ser un viaje muy largo, pero toda noción de tiempo había desaparecido en el espíritu de Hurashima, y la travesía pasó como un sueño, y tan inopinadamente como dejó su barco, se encontró de pronto ante un palacio de magnificencias, ante el palacio del Rey de los dragones. El resplandor del lujo a penas era sostenible a la mirada. Seres mágicos lo poblaban, semi mujeres, semi ángeles, más espléndidos que todos los tesoros de la tierra reunidos... Apareció la Reina, insuperable en belleza; se acercó y le besó con un beso más etéreo que la brisa sobre la superficie del lago. Fue conducido a salones rutilantes. Sobre una mesa cubierta de manjares succulentos ardían antorchas. Los frutos de extraños sabores se mezclaban con las exhalaciones seductoras de las flores. La gracia embriagaba el lugar y atraía a su encanto a todo aquel

que se había arriesgado a llegar hasta allí. La velada transcurría al ritmo de dulces melodías que transportaban las almas por la orilla de la ternura; o bien eran canciones alegres ritmadas al paso de las bailarinas que evolucionaban cual sílfides emergiendo de los bosques. La velada —¿pero se trataba de veladas, albas o de crepúsculos, de días o de noches...? Nadie habría podido responder y la pregunta habría sido ridícula, ya que el tiempo en estos lugares era algo desconocido, o al menos no tenía ninguna relación con el tiempo que Taru Hurashima conocía... ni día, ni noche, ni estaciones, ni año... ¿Habían pasado años, o sólo un instante?—, la velada pues, llamémosla así, estaba muy avanzada, y Hurashima se hundía cada vez más en estas reflexiones que le daban vértigo: nada parecía ajarse, nada parecía deslucirse, ni los seres, ni las flores, ni los frutos, ni la luz, nada... nada que estuviera marcado por la huella del tiempo. ¿Era un sueño, un espejismo, una visión? No, vivía, se alimentaba y respiraba; se pellizcó la nariz y sintió dolor. Era real y los objetos que le rodeaban también. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba viviendo? De pronto, la nostalgia, una nostalgia fuerte y opresiva se apoderó de todo su cuerpo. Se formaban imágenes, poco a poco se clarificaban y nacían recuerdos, recuerdos lejanos... una playa, una aldea de pescadores, seres que reían y se divertían, sus hermanos, sus amigos; la pesada red de peces de la que tenía costumbre tirar con tanto esfuerzo, pero que tanto le llenaba de alegría; siguiendo las imágenes que desfilaban, se mezclaban y de pronto se aclaraban, Hurashima volvió poco a poco a ser pescador. El deseo de volver a su aldea natal se apoderó de él. Hizo partícipe de ello a la Reina. Esta se entristeció pero sus lamentos no pudieron nada contra la determinación de Hurashima. —Es muy penoso —dijo ella—, quiere usted dejarnos, y no puedo hacer nada contra su decisión. Sin embargo, le ruego que acepte el presente que voy a entregarle. Vea este cofre. Además de estar hecho de oro y de piedras preciosas, encierra un tesoro. Pero acuérdesse bien de esto: no debe abrirlo nunca. Mientras esté en posesión de esta caja, podrá ser feliz para siempre, y todo le será posible gracias a su poder. Cuando quiera volver aquí, podrá hacerlo. Podrá hacer todo lo que quiera, pero, acuérdesse, no lo abra nunca. Hurashima tomó el cofre y se fue. Al pasar por la puerta del palacio de los dragones, vio la tortuga que le esperaba. —¿Le ha complacido su estancia aquí? —le preguntó. —¡Desde luego! Incluso había olvidado mi aldea natal. ¿Pero cuánto tiempo he permanecido aquí? —Mucho tiempo —respondió la tortuga—, yo misma ya estoy muy vieja. Algunos instantes después, estaba de vuelta en su aldea. Pero ¡qué espectáculo más extraño! Echó un vistazo alrededor de sí y constató que nada de lo que había dejado existía ya. Todo había cambiado. Volvió a la que había sido la casa de sus padres y se encontró con extraños. Los padres, los amigos, los hermanos, las hermanas habían desaparecido hacía mucho tiempo. " ¡Qué tipo tan extraño!", pensaban los aldeanos, " ¡He aquí a un hombre joven que busca unos padres tan viejos que sólo nuestros

abuelos habrían podido conocerles; que busca hermanos y hermanas de la edad de nuestros abuelos y amigos que eran amigos de nuestros abuelos!" Pensaron que era un poco idiota, pero le aceptaron como amigo. Sin embargo, el calor de su acogida no podía calmar la soledad de Hurashima, quien cada vez se sentía más melancólico. Se acordó entonces del pequeño cofre que le había regalado la Reina del palacio de los dragones y su corazón se iluminó de nuevo; embargado por una repentina alegría, olvidó las palabras de prohibición. Se precipitó a abrir la caja, imaginando un fabuloso tesoro. ¡Qué error! Los años... y los años pasaron sobre él en un instante. En un instante se convirtió en un viejo centenario. En un instante las marcas de toda una vida pasaron sobre él... El cofre estaba vacío, totalmente vacío. Un simple hilo de humo se escapó de él.

El origen, la raíz

Maestro Kodo Sawaki contaba a menudo esta historia:

"Antiguamente, en el Japón, vivía una monja muy bella llamada Ryonen, de gran reputación por su espíritu profundo. Practicaba mucho zazen. Un monje se enamoró de ella y un día se introdujo en su habitación. Ryonen no se alteró y aceptó acostarse con él pero 'mañana', le dijo, 'hoy no es posible'. "Al día siguiente se celebraba en el templo una gran ceremonia por el aniversario del día de la iluminación del Buda y se había reunido una gran multitud. Ryonen entró en la sala repleta, se desnudó enteramente y se fue hacia el monje: —Estoy dispuesta, si quieres amarme, puedes hacerlo aquí y ahora. "El monje huyó y no volvió nunca más. La monja había cortado las raíces... las raíces de la ilusión del monje. "Por último, el maestro dijo a Ryonen que como verdaderamente era tan bella muchos monjes caían en el error. Entonces Ryonen cogió un cuchillo y se desgarró la cara."

No amontonar las hojas, y no buscar las ramas. Eso no conduce a la Vía. Esta Vía no tiene fin. En el zen se emplean siempre palabras

simples, cortas y precisas, sin adornos. El maestro no necesita explicar el sentido de las palabras. Enseña la verdadera raíz, detrás de las palabras, más allá de las palabras. También en nuestra vida debemos comprender la raíz original, el origen verdadero. Debemos entrar en nuestro ataúd. Hacer zazen es cortar las raíces de la ilusión.

La joven y su vestido de luz

Con respecto al precepto: "No robar", he aquí una maravillosa historia, un cuento de hadas para niños, muy célebre en el teatro No. Su título es: "El vestido de plumas maravillosas." Esta historia pasó a orillas del mar, al pie del monte Fuji, donde crecen bellos bosques de pinos que se extienden a lo largo de playas de arena blanca. Aún hoy, podemos contemplar estos paisajes encantadores. Antiguamente, vivía allí un pescador llamado Hakyu-Ryu, el Dragón blanco. Era un pescador pobre que siempre tenía mala pesca. Un bonito día de primavera, al pasar por el bosque de pinos, encontró un vestido colgado de una rama, un maravilloso vestido hecho de plumas multicolores. "¿Qué vestido tan bonito! —pensó—, y seguramente será muy valioso. Evidentemente si lo robo, no está bien, pero soy pobre, y vendiéndolo mañana en el mercado, seguramente podré sacar una buena suma por él." Decididamente ese día le sonreía el destino, ya que esa noche, tuvo un sueño en el que se le apareció una joven muy bella que le dijo: —Soy un ángel, vengo de los cielos para visitar este mundo; pero tú has cogido mi vestido y lo has traído hasta aquí; no puedo volver al cielo sin mi vestido. ¡Por favor, devuélvemelo! Hakyu-Ryu cortó rápido: —Usted se equivoca, si alguien ha robado su vestido no he sido yo. No obstante el destino la ha conducido hasta mi morada. Le ruego que comparta mi cama conmigo. Quiso atraparla, abrazarla, pero en el momento en el que iba a besarla, se despertó. Su sueño le inspiró entonces profundas reflexiones sobre los preceptos. Hacia tiempo que había oído las predicaciones de un maestro zen y se acordó de sus enseñanzas. "En primer lugar —pensó—, he robado un vestido valioso; después he mentado a este ángel; y por último he querido dormir con ella. Si no le devuelvo su vestido, no podrá volver al cielo y morirá en esta tierra. He

transgredido muchos preceptos. Debo encontrar a este bello ángel y devolverle su vestido." Al día siguiente, se dirigió a la playa y encontró a la joven llorando bajo un pino. Se excusó y le entregó su vestido, lo que hizo que la alegría la embargara inmediatamente. El sol se levantaba poco a poco y anunciaba un día hermoso. Entonces el ángel inició una danza celeste por el camino que la conducía a los cielos. Ante este espectáculo, el pescador entró en extásis; a partir de entonces, cada vez que Hakyu-Ryu se iba al mar, siempre tenía muy buena pesca. De esta manera, él y su familia se enriquecieron y se convirtieron en una de las familias de pescadores más importantes de la comarca.

¿Qué es lo que hay que merecer?

En esta historia se cuenta el encuentro de Bodhidharma^[12] con el emperador Liang. Un día el emperador Liang fue a ver a Bodhidharma y le dijo: —He construido muchos templos, he escrito sutras, he ayudado a muchos monjes, ¿qué méritos he obtenido? Bodhidharma respondió: —¡Ningún mérito! Es un koan. No debemos esperar méritos por nuestro buen karma. Si realizáis buenas acciones y pensáis: "Seguramente he creado un buen karma y obtendré buenos méritos por él", pensáis de manera parcial y egoísta; ¡el egoísmo nunca es un buen karma! Por eso Bodhidharma dijo: —¡Ningún mérito!" Su justa visión percibió el mal karma del emperador. Liang llevaba en ese momento una vida apacible y bienaventurada; su pasado era feliz e, interesándose en el budismo, quería protegerlo y fomentarlo en su país. Sin embargo, su mal karma acabó un día por emerger con fuerza. En efecto, cuando años antes habían luchado los reinos del Norte y del Sur, él había salido vencedor matando al rey enemigo, se había apoderado de la reina, esposa del difunto, la había capturado y se la había llevado a su palacio donde la desposó. Ese mismo año, la reina trajo al mundo un niño que se convirtió en príncipe. Bodhidharma que había asistido a los acontecimientos bélicos entre los reinos del Norte y del Sur, decidió mientras tanto partir para el Norte, donde se introdujo, lejos, en las profundas montañas septentrionales. El joven príncipe crecía y todo el mundo se alegraba de ver en él el futuro sucesor del rey. Recibió la

educación propia de su rango y fue instruido en los asuntos y en la historia de su país. Sin embargo, a medida que los años pasaban, se iba volviendo cada vez más escéptico con respecto al rey, su padre. Un día, decidió tener la prueba de lo que presentía sobre su verdadera identidad y sobre su filiación con el que todo el mundo decía ser su padre. Para esto conocía un método seguro: sabía que una gota de sangre caída sobre los huesos de sus padres se infiltra rápidamente; si los huesos son de un extraño, la sangre resbala sin penetrar. Así, una noche, salió del palacio y se dirigió a la tumba del difunto rey; cavó, descubrió los huesos, se cortó ligeramente el dedo y dejó caer algunas gotas de sangre. Inmediatamente la sangre se infiltró. Esta fue la confirmación de sus sospechas. Su verdadero padre era el rey que encontró la muerte bajo la espada del emperador Liang. Pasó el tiempo, y de nuevo las relaciones entre los reinos del Norte y del Sur se hicieron tensas. Se entablaron nuevas batallas. Entonces el emperador Liang nombró a su hijo comandante de los ejércitos. Pero cuando llegó al campo de batalla, en lugar de combatir contra el enemigo, ganó sus filas, dispersó al ejército del emperador y atacó su palacio. Durante estos últimos años, el emperador se había vuelto un ferviente budista y había recibido la enseñanza de Bodhidharma. Cuando el enemigo entró, con su "hijo" a la cabeza, Liang estaba sentado en la postura del buda y practicando zazen. Así fue como murió, asesinado por el príncipe.

La semilla del destino

Antiguamente en la India, en la época del buda Shakyamuni, en el palacio de Makada, allí donde el Buda obtuvo el satori, vivían el rey Bimbashara y la reina Idaike. Eran un buen rey y una buena reina pero no tenían hijos. La reina Idaike era bella, demasiado bella, y en su juventud había tenido muchos amantes. Ahora no podía concebir. El rey dijo: —Es necesario que tengamos un hijo, un sucesor. Pidieron consejo a un célebre adivino quien le dijo: —Rey, usted no tiene semen para fecundar. Este semen está en posesión de un ermitaño que vive en la montaña profunda. Hace zazen entre las rocas. Cuando este ermitaño muera, usted podrá engendrar un niño ya que este semen le será

transmitido. Mientras que él viva, el vientre de su mujer no albergará ningún niño. El rey se dirigió a la montaña con un numeroso séquito. Encontraron a un hombre con largos cabellos y una hermosa barba blanca. Su presencia era noble, fuerte, un verdadero ermitaño, sabio, inmortal. Eso era lo que les inquietó ya que, pensaron, este sabio no morirá nunca. El rey se puso de acuerdo con sus sirvientes y tomaron la decisión de matar al santo hombre. Uno de los cortesanos atravesó rápidamente con su espada al ermitaño quien no se movió de su meditación. En este instante el vientre de la reina comenzó a hincharse... Volvieron al palacio y consultaron de nuevo con el adivino, el cual, considerando el vientre de la reina les dijo: —¿Por qué le habéis matado? Era suficiente con verle, con encontrarle para que la reina pudiera tener un hijo. Pero le habéis matado, por eso cuando este niño crezca, sobrevendrá una desgracia. Pero si matáis a este niño, una desgracia sobrevendrá igualmente. Sin embargo, si usted consigue traerlo al mundo sobre una espada, la falta será menor. Diez meses más tarde, la reina trajo al mundo un bebé encima de una espada. Este no murió por ello. Sólo se cortó un dedo del pie. Este bebé se convirtió en el príncipe Ajase. Creció en belleza y en inteligencia. "¿Cómo un bebé tan hermoso podría provocar una desgracia?", pensaban el rey Bimbashara y la reina Idaike. La atmósfera en el palacio era apacible y feliz. El rey y la reina eran piadosos adeptos del buda Shakyamuni y su hijo fue educado de la misma manera. En esta misma época vivía en el reino un hombre que intrigaba siempre por su ferocidad: Daivadatta, el primo del buda, al que envidiaba y disputaba su éxito. Por todas partes por donde pasaba, destruía la aureola del buda. Fue entonces cuando encontró al príncipe Ajase; la oportunidad era excelente, y sin más preámbulo, le dijo.- —Tiene que matar a su padre y ser rey de Makada. Yo mataré al buda Shakyamuni y me convertiré en el verdadero buda, y usted y yo gobernaremos todo el país. —¡Usted está loco! —replicó el príncipe. —¡Usted es demasiado honesto! —arguyó Daivadatta—. Mire su pie, y explíqueme: ¿por qué le falta un dedo? ¡Usted lo ignora! ¡Efectivamente, sus padres no son sus verdaderos padres, sino sus enemigos! El príncipe se había preguntado a menudo cuál era la causa de que le faltara este dedo gordo; tenía sospechas y encontró una respuesta fácil en las palabras de Daivadatta. Se convenció sin ninguna reserva. De vuelta al palacio, hizo encarcelar a su padre en un calabozo oscuro. Shakyamuni Buda comprendió que Ajase había actuado mal, por incitación de su primo. Quiso socorrer al rey y decidió enviar al palacio a su discípulo Mokuren que tenía poderes mágicos, a su otro discípulo, el muy elocuente Furuna, así como a la más bella de sus monjas, la joven Renge, Flor de Loto. Les ordenó que aliviaran las penas del rey. Gracias a los poderes mágicos de Mokuren, todos pudieron penetrar en la prisión. Furuna contaba maravillosas historias y la muy bella Flor de Loto reconfortaba al rey. A veces también iba la reina Idaike. Le llevaba miel, frutas y todas clases de productos agradables. Cuando le besaba,

le dejaba en la boca lo que había disimulado en la suya. De esta manera pudo sobrevivir el rey. El príncipe se había convertido en rey. Un día quiso ver qué había sucedido con su padre al que creía muerto. Hizo que le abrieran el calabozo y quedó confuso: su padre estaba en buen estado de salud. Pensó que era ayudado y pidió explicaciones al guardia: —Shakyamuni le socorre enviándole a sus discípulos — entonces le contó las visitas que el prisionero recibía a menudo—. La reina Idaike le trae comida. No morirá. A la vejación sucedió un irresistible deseo de venganza. La cólera le hizo asesinar a su padre. Después quiso matar a su madre y preparó una emboscada. Oculto detrás de una columna, esperó a que viniera a ver a su padre. Por fin oyó que se acercaba, pero en el momento en el que iba a pasar por la columna, dos ministros se precipitaron sobre el príncipe y le detuvieron. —Príncipe, ¿qué iba usted a hacer? Ha matado a su padre, ahora quiere matar a su madre. ¡Estas son las peores acciones que se pueden cometer! ¿Es éste el comportamiento de un rey? ¡Deje que las personas de baja casta actúen así! Entonces el rey detuvo su gesto; pero sus resentimientos no se habían apagado. Bajo sus órdenes fue encarcelada su madre. El tiempo pasaba, los meses y los años... Pero el rey no era feliz. Su salud se debilitaba, su humor era siempre sombrío. Se hicieron venir a numerosos sabios, a médicos, astrólogos, pero nadie comprendía la razón de estos cambios. Por último, un adivino declaró: —Ha sido usted castigado por los cielos por el crimen de su padre y por el encarcelamiento de su madre. Entonces, durante días, Ajase se encerró, solo, rechazando cualquier visita, y reflexionó profundamente sobre su karma. Cuando por fin reapareció, se vio que su meditación solitaria había dado sus frutos; hizo que liberaran a su madre; después se convirtió a la enseñanza del buda, la cual observó fielmente. Con el tiempo, Ajase mandó editar los sutras del buda. Preparó las ceremonias que siguieron a la muerte del gran maestro y empleó toda su vida en proteger al budismo. Esta, célebre historia es narrada en el "Sutra de la observación de la vida infinita" o KanMuryoju Kyo. Este sutra relata además la conferencia del Buda a Idaike cuando estaba prisionera. Le dio entonces una gran enseñanza. En su juventud, Idaike había tenido costumbres muy ligeras. Este karma influyó toda su vida y se manifestaba ahora. Le enseñó la manera de observar su karma y de conocerlo. Le enseñó zazen. En la vida de Idaike, su felicidad se volvió en desgracia, y su desgracia se volvió su felicidad alternativamente. Esta es la historia del karma. Así sucede en la mayoría de la gente.

La impermanencia: Mujo Seppo

Tozan preguntó a su maestro Ungan: —¿Quién puede entender la enseñanza de las cosas no sensibles? El maestro Ungan respondió: —La enseñanza de las cosas no sensibles, sólo las cosas no sensibles pueden entenderla. Tozan planteó otra pregunta: —¿La ha entendido o experimentado usted? —Si yo pudiera entenderla, usted no podría entenderla. Respuesta profunda. Esto significa: "Yo soy Mujo Seppo, por eso usted no puede entender mi conferencia de ser no sensible". Para el discípulo Tozan, no quedó muy claro. Aún le hizo la misma pregunta. Ungan respondió: —¿Ha comprendido usted tal vez? Algunos tienen el satori y comprenden. El discípulo Tozan no se enfadó. —Yo no puedo comprender ninguna conferencia, ningún Seppo. Entonces Ungan le dijo: —Usted ni siquiera puede entender mi conferencia ¿cómo podría comprender el Seppo? En ese momento Tozan comprendió. Hizo sampai delante de su maestro. —Comprendo, comprendo —y compuso un poema para su maestro:

Maravilloso, raro Mujo Seppo...

No puedo explicarlo.

Aunque escuchéis mi voz, no podréis entenderlo.

Esta enseñanza de las cosas no sensibles,

sólo las cosas no sensibles pueden entenderla.

¡Oh, maestro, la verdadera persona que obtiene

el satori es sensible,

pero cuando no oímos Mujo Seppo,

no podemos entender!

stanza>

Sesshin de verano

"Un verano en la época del Buda, un brahman muy rico había invitado a una sesshin a la Sangha del Buda. La gran sesshin de verano comenzó. Pero una noche, este brahman tuvo un sueño: una gran serpiente blanca se enroscó en su castillo. Soñar con una serpiente blanca es signo de buen augurio. Pero el brahman lo ignoraba. Consultó a un adivino, hombre malvado que envidiaba a Buda Shakyamuni. Le dijo: —Es un sueño muy nefasto. Sin duda un enemigo fuerte le atacará y usted morirá. —¿Qué hago? —le preguntó el brahman—, ¡Aconséjeme! —Debe usted encerrarse en el castillo y no salir en todo el verano. Enciérrese con bellas sirvientas. Pero lo que el brahman no pudo hacer fue influir sobre la Sangha del Buda. Todo el mundo, incluso el Buda, no comían más que sopa de trigo. Alguien robó arroz de la despensa del brahman. Buda se enfadó mucho y dijo: —Tengo que excomulgarle. Entonces el discípulo Mokuren tomó la palabra: —Tengo un poder mágico gracias al cual podré traer buena comida del paraíso. Buda respondió: —No es necesario. Cuando yo muera, si durante una sesshin nadie tiene poderes mágicos ¿cómo harán? No es necesario buscar alimento con los poderes mágicos. El discípulo Ananda dijo al Buda: — Es difícil para nuestro maestro y para todos nosotros el no tener más que trigo cada día. Todo el mundo sufre. En el país vecino vive mi familia que es muy rica. Voy a pedirle ayuda. Buda respondió: —Si en el futuro, en una sesshin de verano, no pueden obtener la ayuda de ningún hombre rico ¿cómo harán? Sariputra dijo a continuación: — Conozco ricos devotos del budismo en este país. Voy a pedirles ayuda. Buda dijo: —No vale la pena. Si en el futuro no hay ricos budistas para ayudar ¿cómo harán? El Buda continuó así la sesshin sin ninguna ayuda. Sólo comieron sopa de trigo durante toda la sesshin de verano. Esta historia es un ejemplo de enseñanza a los discípulos para las sesshin futuras. Cuando somos pobres, tenemos que conformarnos a la pobreza. Cuando somos ricos es posible adaptarse a la riqueza. Una sesshin pobre, es pobre. Una sesshin rica es rica. Hay que contentarse con lo que se tiene. Si nuestro espíritu es libre, la vida es simple.

¡Respeto!

En el sutra del Loto, se cuenta la siguiente historia: "Un bodhisattva continuó zazen cada día durante años. No era muy inteligente, no sabía ni escribir ni recitar sutras. Pero cada vez que encontraba a alguien, incluso a un esclavo, le testimoniaba un gran respeto. Siempre hacía gassho,^[13] y a veces, incluso se prosternaba a sus pies. Les decía: —Le respeto, usted es un gran buda. Pero un día, unas gentes malvadas se burlaron de él y se enfadaron: —¡Eres idiota o te ríes de nosotros! No podemos creer en tus palabras. Le echaron mano y le golpearon con garrotes. El bodhisattva huyó, pero corriendo repetía en voz alta: —Les respeto, sois grandes Bodhisattvas. ¡Debo respetarlos! ¡Podéis convertirlos en grandes Budas! Cuando ya estaba próximo a la muerte, este bodhisattva tuvo la visión de un magnífico buda celeste. En ese momento tuvo un gran satori y vivió aún mucho tiempo." Si respetamos este precepto: "No criticar, no murmurar", nuestra vida podrá prolongarse mucho tiempo en la felicidad.

Hoichi, el tocador de biwa

La historia está sacada del "Dichos del Heike". Hace alrededor de trescientos años, vivía cerca de Dan-no-Ura un tocador de biwa^[14] muy célebre conocido con el nombre de Hoichi. Era ciego. ¿Era su enfermedad la causa? El hecho es que sabía extraer de su instrumento tonalidades de una tal pureza que arrancaba las lágrimas de todos. Próximo allí se encontraba el templo Amida; el superior, un anciano maestro, le quería mucho; como Hoichi era muy pobre, le había ofrecido hospitalidad en una habitación de su templo. Una noche de verano, Hoichi estaba sentado al borde de la galería circular, esperando la vuelta del maestro que había salido a hacer una ceremonia a casa de sus fieles. De pronto fue sacado de su silencio por el sonido de pasos que no le eran familiares. Era un samurai con su armadura. Se acercó y dijo a Hoichi: —No tenga miedo. Soy un mensajero enviado a buscarle de parte de una familia de aristócratas, de grandes personajes de alta nobleza. Han querido ver el campo de batalla de Dan-no-Ura, y han venido en secreto a esta provincia, en compañía de una corte importante. Han oído de su célebre biwa y desean oírle tocar. Hoichi no tenía ganas de moverse, pero el poderoso samurai le cogió por la mano y le arrastró. Se dejó guiar y de pronto se encontró ante un gran palacio. El gran portal se abrió; importantes oficiales, altos dignatarios, mujeres bellamente engalanadas con trajes antiguos le esperaban. En el centro de la gran asamblea, en un lugar elevado, reinaba una mujer de soberbia presencia. Se le pidió que tocara. Como siempre, sus melodías arrancaron suspiros de admiración y estremecimiento. —Mi muy respetable señora ha estado muy satisfecha de oírle. Vuelva cada noche. Después de cada recital, tendrá lugar una recepción y usted recibirá una recompensa. Una mujer joven de muy alta nobleza desea casarse con usted. No hable de esto a nadie. Guarde totalmente el secreto. Hoichi estaba un poco asustado, pero curioso. El samurai le volvió a acompañar al templo Amida. La noche siguiente y la otra, se produjo la misma aventura. Al cabo de una semana, el superior del templo terminó por inquietarse cada vez más por estas escapadas nocturnas, sobre todo porque Hoichi mostraba un aire extraño, indeciso y lejano. Preguntó a Hoichi: —¿Por qué no ha dormido usted aquí esta noche y las precedentes? ¿Dónde va? ¿Tiene usted una amiga? —No, no, es un secreto —respondió vagamente Hoichi. El maestro decidió

ordenar que le siguieran. Envió dos discípulos, pero los caminos que tomaba Hoichi desafiaban a cualquiera a poder seguirle. Se habría podido pensar que volaba. Perdieron totalmente su rastro y se pusieron el deber de buscarle. Vanamente. Volver a encontrar a Hoichi en esta región salvaje, de noche, sería un milagro. Tomaron pues, el camino de vuelta. Pasaban ante el cementerio del templo Amida, cuando oyeron, embobados, el sonido del biwa. Corrieron y vieron a Hoichi sentado delante de las tumbas del clan Heike. La lluvia había calado sus ropas, pero estaba demasiado absorto tocando para sentir nada, fuera lo que fuera. Sus amigos le llamaron —¡Hoichi. Hoichi...! —pero parecía no oír nada. Le tocaron en la espalda. Le llamaron de nuevo, le zamarrearón y por fin se dio cuenta de su presencia. Una vez de vuelta contaron todo al superior del templo quien se quedó estupefacto. —Hoichi ha caído enfermo. ¡Los espíritus de los Haike le han penetrado! —Si continúa aún una semana así morirá. —Estáis locos —replicó el maestro—. Conozco un método para salvarle. Hay que hacer un kito^[15] lo más pronto posible, hay que exorcizar el mal. ¡Desnudadle! Ordenó a sus discípulos que le trajeran su material de caligrafía: tinta, pinceles, piedra. Y lentamente, comenzó a pintar sobre toda la superficie de su cuerpo el sutra de la Gran Sabiduría, el *Hannya Shingyo*. Todo quedó cubierto, desde la cima del cráneo hasta la planta de los pies. Después hizo esta advertencia: —Sin duda, el samurai volverá, pero no le responda. Continúe solamente zazen, shikantaza. No se mueva. Cante el *Hannya Shingyo* en voz baja. Así podrá escapar del samurai y de este maleficio. Por la noche el samurai volvió pero no pudo ver a Hoichi. Sólo su biwa estaba apoyada en el muro. Miró, miró, y, suspendidas en el aire, vio dos orejas. Las reconoció: ¡las orejas de Hoichi! ¡Se ha transformado en fantasma! Tiró, le arrancó las orejas y se las llevó. Hoichi no sintió ningún dolor, sino un gran frío. La sangre brotaba. Al día siguiente, el superior del templo fue a verle. —¡Maldición! —exclamó—. ¡Ha perdido usted sus orejas! He olvidado escribir el *Hannya Shingyo* sobre sus orejas. ¡Qué error he cometido! Estaba sinceramente conmovido. Pero Hoichi se repuso rápidamente. A partir de entonces, se hizo célebre con el nombre de "Hoichi el desorejado". Su arte del biwa no quedó alterado. Por el contrario, con el paso del tiempo, no cesaba de superarse, para la delicia de todos los aficionados al biwa, de todos los poetas y de los músicos, de todos los artistas, de todos los monjes y mendigos, de las mujeres y de los niños. Ni el más palurdo podía quedar insensible. Fue el más grande maestro del biwa, sin lugar a dudas.

Los dos espíritus

Ananda era un hombre joven, fuerte y bello, discípulo del Buda. Un día de gran calor, al volver de su gira de mendicidad (*Takuhachî*), se dirigió hacia un pozo donde pensaba aliviar por fin su sed. Al acercarse, vio a una muchacha joven que sacaba agua. Le pidió un poco de agua y la joven le respondió: —Soy una *Sudaran* (intocable). Usted no puede recibir el agua de mi mano. Y volvió la cara llena de vergüenza. —¡No! —dijo Ananda—. ¡La enseñanza del Buda está más allá de las castas! ¡La Humanidad es una! ¡Ninguna casta puede dividirla! La joven le ofreció un poco de agua en el cuenco de sus manos; después, volviendo la espalda, Ananda siguió su camino. La muchacha le miró alejarse, asombrada; su silueta era delicada. ¡Sus palabras habían sido tan dulces! ¡Y su cara irradiaba tal belleza! No fue necesario nada más para que quedara perdidamente enamorada. De vuelta a su casa, comunicó a su madre este encuentro; le afirmó sus sentimientos y su determinación inquebrantable de volver a ver a Ananda y de casarse con él. La madre no podía creer en la loca resolución de su hija: —¡Sabes bien que Ananda es un gran discípulo de Buda Shakyamuni, y que nunca consentirá casarse contigo! —Madre, la grandeza de su alma le ha hecho sin embargo beber el agua en mi mano. Además ha dicho no tener en cuenta ninguna clase ¡sea cual sea! ¿No tengo razón pues para estar esperanzada? " ¡Además, madre, usted posee inmensos poderes mágicos! " ¡Se lo ruego, úselos para mí, por una vez sólo! " ¡Haga que Ananda vuelva a mi lado! —Tu necedad es sin límites, hija mía. Sabes tan bien como yo, que mis poderes no tienen ningún efecto sobre las personas que no tienen ni deseos ni apegos, igual que sobre los muertos. Ananda es de estos seres; ¡discípulo de Buda, sin deseo, y respeta los preceptos! ¡Renuncia pues, a este amor! —¡Más me vale morir! —respondió la hija. Ante estas palabras, la hechicera que también era madre, se estremeció y decidió, vencida, invocar la presencia de Ananda. El ritual mágico suponía una larga preparación: tuvo que embadurnar las paredes de la habitación con boñigas de vaca, hizo una pila espesa de cañas blancas, por último llenó ocho jarras de flores raras que se había tomado el trabajo de ir a recoger a las altas praderas de la montaña. Todo estaba por fin preparado. Prendió fuego a las cañas cuyo humo invadió rápidamente la habitación. Sacudiendo la cabeza en todos los sentidos, su larga

cabellera prolongando sus movimientos, daba vueltas con pasos entrecortados alrededor del fuego; el trance se intensificó, y como poseída, gritó: —¡Demonios y Dioses del fuego, Dioses de la tierra y del paraíso! ¡Escuchad mi tormento! ¡Responded a mis imprecaciones! ¡Concededme mi ruego! Entonces vertió en las llamas, el contenido de cada una de las jarras. El poder que desencadenó el ritual sorprendió la juventud inexperta de Ananda y le aturdió; semi con cien te, se despertó en la alcoba de la joven muchacha. —Acéptame por esposa — le murmuró ésta—; sólo contigo puedo conocer la felicidad. La belleza provocadora de su cuerpo desnudo se ofrecía a Ananda. ... A cierta distancia, en un palacio, se celebraba una ceremonia; el Buda la oficiaba. En el transcurso de ella recibió crudamente la visión del amoroso abrazo de Ananda y la joven. ¿Era el efecto de la sorpresa o bien el Buda se tomaba cierto interés en mirar la escena? Lo cierto es que transcurrió un momento antes de que llamara a Ananda. — ¡Ananda, Ananda! ¡Vuelve! ¡Eso es peligroso!-exclamó. La fuerza de su pensamiento condujo a Ananda al palacio. La muchacha le siguió, pero al ser "intocable", le fue prohibida la entrada y tuvo que esperar en la puerta a que la ceremonia se acabara. Buda salió por fin, seguido de sus discípulos. Ella corrió al lado de él y le bloqueó el paso. —¿Qué quieres? ¿Dónde vas? —le preguntó Buda. —Usted me ha quitado a Ananda; quiero verle y ser su esposa... porque le amo —confesó ella. — ¿Por qué amas a Ananda? ¿Puedes decirme qué es lo que amas en él? — preguntó Buda. Y añadió: —En los ojos de Ananda, hay lágrimas. Su afilada nariz está llena de mocos; su boca exhala olores putrefactos; su cuerpo está lleno de inmundicias. ¡Sus intestinos están llenos de excrementos y su sexo expulsa orina! "¿Amas aún a tu bello Ananda? " ¡Entonces convéncete de que su espíritu tampoco es tan puro! " ¡Tú le encuentras dulce y amante! Date cuenta de que su gentileza no es más que egoísta y que su amabilidad del momento es el velo que disimula sus sórdidos deseos. "Cuando esté satisfecho te rechazará como a un instrumento usado. La juventud de tus sentidos te hace débil; te dejas caer en su trampa, y sigues lo que les seduce. ¡Ten cuidado! La vejez te sorprenderá incluso antes de que tengas tiempo de soñar con ella; entonces tus sentidos no tendrán tanta importancia ante tus ojos; cuando estés marchita ya no serás ni seductora, ni seducida; tan sólo de la muerte no podrás ocultarte. Paciente y tranquilamente, el Buda predicó largo tiempo aún. Cuando se detuvo, estimando que su enseñanza era suficiente, los cabellos de la joven, que ella había adornado con flores, cayeron suavemente. Sus vestidos bordados desaparecieron dejando lugar a un kesa que la recubrió enteramente. Entonces Buda dijo: —Tu cuerpo es efímero. Su belleza no dura más que el tiempo de tu pasión. ¡Deja de crear apegos y entra en la Verdadera Vía! Su conversión estaba próxima, pero Buda añadió aún: — Ve, ahora te permito que veas a Ananda; ¡conviértete en su mujer y sed felices! Ahogando sollozos de remordimiento, confesó entonces los

delirios a los que la había conducido su corazón apasionado. —Hasta hoy, engañada por los sentidos, me he extraviado por los caminos del sufrimiento; gracias a este amor, mi espíritu de apego acaba de desvanecerse; ¡por eso le pido que me acepte como discípula! De esta manera se convirtió en una verdadera monja discípula del Buda, y durante toda su vida estuvo completamente volcada a él. Esta aventura condujo a Ananda a confesar su falta al Buda. Largamente confesó la atracción que la joven había ejercido sobre él y reconoció haber sido inducido al error por sus sentidos. Entonces Buda dijo: —Has amado a esta joven mujer, tu espíritu ha sido manchado por esta pasión; si el apego surgido de ella se hubiera perpetuado, no habría producido más que semillas de mal karma. Pero en tu espíritu atormentado, ha surgido la reflexión. Y el remordimiento te ha llevado a confesarte; por eso estás lavado de tus manchas, ya que este espíritu que ha vencido tus pasiones, es el espíritu puro e invisible; él posee el brillo y la solidez del diamante; parecido al diamante, desaparece a veces bajo la capa borrosa de las ilusiones opacas; pero cuando el velo se retira, brilla repentinamente con toda su magnificencia. "Toda vida se realiza en función de estos dos espíritus, a veces predomina uno, a veces predomina otro; arrastrada por la corriente de las circunstancias que hacen que los objetos destalleen y exacerben los sentidos, se eleva la ola de las pasiones, desraizando el buen sentido y rompiendo la sabiduría... después, agotada, desaparece. "La tempestad termina, el otro espíritu aparece, tranquilo y apaciguado, parecido al río majestuoso y pacífico. "Los dos libran a menudo una lucha encarnizada; pero a veces el primero se muestra superior, el segundo permanece, sin embargo, imperecedero e inmutable en las profundidades solitarias de lo inaccesible; nada puede dominarlo; el fuego no puede quemarlo, ni el agua mojarlo. Dotado de una paciencia infinita y contrarrestando las pasiones salvajes, obra por su sola presencia, que un momento de calma hace aparecer con una fuerza intensificada. Este es el verdadero Espíritu, puro y eterno. Entonces Shakyamuni preguntó: —¿Puedes decirme, Ananda, dónde existe tu espíritu de amante? —Sin lugar a dudas en mi cuerpo —respondió Ananda. —Cierto, el espíritu tiene la facultad de la reflexión y de la introspección y así puede conocer el ser que habita. Pero, más precisamente, ¿puedes decirme, Ananda, en qué parte del cuerpo lo situas? Ananda respondió perplejo: —¡Quizás existe también fuera de mi cuerpo! —¡Cierto —remarcó Buda—. tu espíritu tiene la facultad de sentir las atmósferas exteriores! Sin embargo, ya que tu espíritu existe también en el exterior de tu cuerpo ¿sentirá dolor si rompo esta columna? Ananda era incapaz de responder. —¡El espíritu llena todo el cosmos! —concluyó Buda—. ¡El espíritu de amante existía incluso antes de que tú nacieras! Una amalgama de circunstancias lo han hecho despertarse en ti; ¡no has sido más que un juguete poseído por este espíritu! ¡Y a pesar de que te hayas deshecho de él, continuará existiendo!

La brasa bajo la encina

El cuadragésimo koan del *Mumonkan* relata la historia de Isan. Isan se hizo discípulo de Hyakujo á la edad de veintitrés años. Cuando Hyakujo vio a este joven le permitió que entrara en su habitación^[16] y le hizo su secretario. Hyakujo le preguntó un día. —¿Hay aún fuego en las cenizas de la chimenea? Isan buscó pero no pudo encontrar fuego. Entonces llegó Hyakujo y encontró, profundamente oculta, una brasa; la cogió con la ayuda del atizador, y reanimó el fuego. —¿No es esto fuego? —preguntó. —¡Sí, sí! Es fuego —respondió Isan. —Este fuego no es muy importante para mí —dijo Hyakujo—, pero si usted quiere ver su naturaleza de buda, es importante que encuentre la ocasión, la suerte, la oportunidad. "Mushin, el no-espíritu, el espíritu sin dualidad, y Mushotoku, el espíritu de no-provecho, son muy importantes. Si usted llega a ser Mushin y Mushotoku podrá comprender mi espíritu.

¡Ven!

El maestro Tokusan (742-865) estaba sentado en zazen a orilla del río. Un discípulo llegó y acercándose a la orilla, gritó: —¡Buenos días, Maestro! ¿Cómo está usted? Tokusan interrumpió su zazen y con su abanico hizo una señal al discípulo. —¡Ven... ven...! —y se levantó, dio la vuelta y comenzó a caminar a lo largo del río, siguiendo el curso del agua... En ese instante, el discípulo tuvo el satori.

El agua en la botella

Un día el maestro Shiba-Duda, un adivino (en la China, los adivinos ocupaban una posición muy importante y a menudo eran consultados por el Emperador) fue a visitar a Hyakujo y le dijo: —He descubierto hoy una montaña maravillosa al sur del lago. Construya un templo en esta montaña; allí podrá reunir más de dos mil discípulos; y sin lugar a dudas, con el tiempo, este templo gozará de una gran reputación. Hyakujo dijo: —Si usted ha venido hasta mí para decírmelo, es que esa montaña debe ser muy bella; voy a ir allá. —¡No, no! Usted mismo no puede ir allá —remarcó Isan, su discípulo—; su cara y su apariencia son pobres. Es mejor que vaya alguien con una apariencia rica. Entonces Hyakujo recomendó a su discípulo Isan. Pero el hermano mayor de Hyakujo que era *shuso* (es decir que se sentaba en la parte alta del dojo) no estuvo de acuerdo con la elección y dijo al maestro Hyakujo: —No debe usted decidir por lo que diga un adivino. Debe decidir según las reglas del Zen. Tiene usted que dar un koan. El primero que logre resolverlo deberá ser seleccionado. En esta época Isan era tenzo. Hyakujo consintió y dio un koan a todos los discípulos. Era un maestro muy democrático. —Todo el mundo debe responder y el primero que logre resolverlo podrá ir a esta montaña. Puso entonces frente a los discípulos un jobin¹⁷¹ y dijo: —Mis queridos discípulos, no debéis llamar jobin a esta botella. ¿Cómo la llamaríais? ¿Con qué otro nombre podríais designarla? El primer discípulo shuso, Karin, respondió: —Maestro, yo la llamaría madera de sándalo. Seguramente por el hecho que, en esta época, los jobins eran de madera como el sándalo. El siguiente, Isan, se levantó, cogió el jobin y lo vació sonriendo. Hyakujo sonrió también. Karin había sido vencido. —Tengo que decidirme por Isan —dijo. Este koan es muy célebre, muy interesante.

¡O Zora! ¡Ko Zora!

He aquí una historia muy interesante con respecto a Karin. Karin se había convertido en el maestro de un gran templo; un día, un monje le hizo una visita. Karin corrió a la puerta para recibirle. El monje se sorprendió y le preguntó: —¿No tiene usted secretario? Se extrañó porque es siempre el secretario del maestro el que recibe al visitante, y el maestro sólo le ve después. Karin dijo: —¡Sí, sí! Tengo secretario, dos secretarios muy buenos, pero es un poco peligroso llamarles. —¡No, no! Da igual, quiero verles —insistió el monje. Entonces Karin les llamó: — ¡O Zora! ¡Ko Zora!^[18] A la llamada del maestro dos grandes tigres surgieron del fondo del templo y llegaron hasta delante del visitante quien se quedó desconcertado. Por eso Karin dijo: —Retiraos ahora, mis secretarios, sois demasiado fuertes y este monje no os necesita. Los dos secretarios tigres se retiraron rugiendo a la habitación de al lado. El monje se quedó pálido largo tiempo aún.

Renge-shiki y los méritos del kesa

Esta es la historia de una monja muy bella —la monja de los seis poderes—, Bikuni, que vivió en la época del Buda Shakyamuni. Cuando se convirtió en su discípula, Buda Shakyamuni hizo de ella una gran monja. En esa época, iba a predicar a las familias aristocráticas y dirigiéndose particularmente a las mujeres, las exhortaba a que se hicieran monjas. En la mayoría de los casos se encontraba con su rechazo: —Somos jóvenes y bellas —decían estas mujeres—, nunca podremos respetar los preceptos. Pero Renge-shiki insistía, diciéndoles que la observación o la no-observación de los preceptos era de menor importancia. Que ellas recibieran la ordenación era lo esencial. No debían temer caer en el infierno al infringir las reglas dictadas por los preceptos. Sin embargo, la incredulidad que ella encontraba en sus

auditores llevaba a Renge-shiki a narrar la mayoría de las veces su propia historia. —¡Qué lejos debo remontarme en mi karma para convencerlos! —decía—. En mi vida anterior yo era una prostituta de gran renombre. De todas partes venían para verme bailar, adornada con los vestidos más bellos. Mi sola belleza era suficiente para procurar el éxtasis a los hombres. Todos me deseaban y pude reunir grandes fortunas dándoles un poco de mí. "Un día, robé el hábito de una monja joven que pasaba por allí, el kesa, me vestí con él y continué mi danza, vestida así... Mi vida entera había estado gobernada por las fuerzas del sexo y de la lujuria, y tuve que ensombrecerme, después de mi muerte, en las estancias infernales de la transmigración. Sin embargo, el poder del kesa se perpetuó. El karma que yo había engendrado por el simple acto de haberlo vestido se manifestó en mi vida siguiente; por eso tengo ahora la gran felicidad de ser monja. Nagarajuna, en sus comentarios sobre el *Hannya Haramita*, añade las precisiones siguientes a la historia de Renge-shiki:

Renge-shiki era incomparablemente bella. Su madre era más bella aún, lo que ocasionó la desgracia de Renge-shiki, ya que su marido no pudo resistir la seducción que sobre él ejercía. Suegra y yerno dormían juntos, y Renge-shiki decidió huir. En su vagabundeo encontró un día al hijo de un rico comerciante que se enamoró de ella y la desposó. Su felicidad era total. Pero un día, requerido por su padre, el joven esposo tuvo que partir rápidamente: tenía la misión de conducir una caravana a través del desierto hasta una comarca alejada, donde podría vender los géneros de su país. El viaje era largo. Cada ciudad atravesada dejaba en el corazón de estos nómadas la tristeza por el reposo, la comodidad y los placeres perdidos, y sobre todo les faltaban las mujeres. El marido de Renge-shiki se emocionó pronto ante la fresca belleza de una joven. Era la estación de las lluvias; por eso, cuando el comercio del día se acababa, los dos corrían a encontrarse. Ciertamente que el joven esposo tenía remordimientos, "pero —pensó— soy rico y puedo mantener un segundo hogar. ¡Y esta joven es tan bella!". Fue impresionado por la semejanza que existía entre esta joven y su propia mujer. ... Habían transcurrido semanas y la estación de invierno había avanzado cuando Renge-shiki acogió la vuelta de su esposo. Este calló su aventura, al menos prefería esperar algún tiempo antes de hablar de ello a su mujer. Pero eso suponía ignorar que en su vida anterior había tenido la experiencia de la prostitución; ante la actitud desganada de su marido, ella comprendió rápidamente. Las explicaciones fueron simples e incluso candidas. El le contó la similitud de rasgos que les unía, se justificó por la duración del viaje y por la dureza de la vida; quería seguir excusándose, pero Renge-shiki comprendía, Renge-shiki perdonaba y aceptaba. —Que se venga a vivir bajo nuestro techo —concluyó ella. La belleza de la joven concubina impresionó también a Renge-shiki cuando la vio por primera vez. Un

día, estaba detrás de ella, observando como se peinaba delante de un espejo; al mirar sus caras cercanas reflejadas en el espejo, la suya ligeramente detrás, se extrañó de la similitud que les devolvía el espejo. Renge-shiki quiso saber más y le hizo algunas preguntas sobre su origen. Esta le habló de su ciudad natal, de su infancia en casa de su padre, pero dijo no haber conocido a su madre que había huido del hogar justo después de su nacimiento. Con una profunda tristeza, Renge-shiki comprendió que tenía ante ella a su propia hija, nacida de su primer matrimonio. Su primer marido había sido seducido por su madre, el segundo lo había sido por su hija. Renge-shiki se afligió profundamente de su mal karma. Y por segunda vez, huyó de la casa conyugal. Terminó por establecerse en una lejana metrópolis al este, y para ganarse la vida, volvió a su primer oficio, el comercio de su cuerpo. Por esta época, de las afueras venía a la ciudad un hombre joven y fuerte de rasgos distinguidos y refinados, para predicar regularmente, prodigando la enseñanza que le transmitía su Maestro, Buda Shakyamuni. Se llamaba Mokuren. Mokuren fue rápidamente el objeto de la envidia de los brahmanes a quienes se les iba un gran número de fieles, en su mayoría mujeres, que iban a engrosar las ya apretadas filas de los nuevos fieles convertidos a las palabras del Buda. Estos brahmanes desamparados conspiraron pronto contra el intruso que les arrebatava sus fieles y por eso mismo su poder. Desde luego no podían matarle. Ello no haría más que soliviantar la opinión pública y dirigir las sospechas contra ellos. Era pues necesario intentar turbar el surco de pureza que él trazaba en la fe popular. Renge-shiki era la más indicada para derrumbar el mito. "Cuando Mokuren haya sido seducido, perderá en el corazón de sus fieles la alta estima de enviado divino en la que le tienen. ¡Mokuren comprometido con Renge-shiki! ¡Qué escándalo! Así pensaban los brahmanes cuando se dirigían a casa de Renge-shiki. Cuando ella conoció el plan, dijo: —¡Nada más simple! Todos los hombres son parecidos. ¡Todos terminan por inclinarse! ¡Vuestro Mokuren no será una excepción! ¡Dudo mucho de que su virtud sea infalible! "Sin embarco, este Mokuren es un hombre a quien hay que tender una trampa —pensó Renge-shiki—. Por lo que dicen los brahmanes sobre su vida disciplinada, un avance demasiado directo sería sistemáticamente rechazado. Tengo que encontrar un ardid." Al día siguiente, al atardecer, Renge-shiki se tendió en el camino que tomaba usualmente Mokuren para volver al templo. Acostada así, gimiendo, fingía sufrir, pensando que Mokuren no podría quedar insensible. " ¡Entonces me será tan fácil seducirle!" —pensó. Oyó pasos que se acercaban, vio a Mokuren y creyó que había llegado el momento de aumentar sus lamentos. Mokuren se acercaba... Pero Mokuren pasó de largo sin prestar la menor atención a la mujer que gemía. La intuición de Mokuren superaba el poder de los sortilegios. —¡Mokuren, Mokuren! ¡Ayuda, estoy enferma! —diciendo esto, Renge-shiki se levantó bruscamente y corrió tras él. Este acto borró toda duda en el

pensamiento de Mokuren sobre las intenciones de Renge-shiki. Imperturbable, continuó su camino. Renge-shiki detrás de él gesticulando y gimiendo, susurrando palabras sin efecto. Cuando por fin se tranquilizó, desarmada, todo el camino había sido recorrido y el dojo del Buda se imponía a su vista. Buda esperaba. —Usted se convertirá en una gran monja —le dijo—. Puso su mano sobre la cabeza de Renge-shiki cuyos cabellos cayeron inmediatamente. Sus vestidos vulgares se transformaron en kesa, su acritud fue dignificada. Todo su mal karma desapareció de golpe. A partir de entonces Renge-shiki ya no fue más Renge-shiki, sino una gran monja que durante toda su vida se dedicó al Buda. Tenía entonces alrededor de cuarenta años. Siguió por todas partes al Buda Shakyamuni prodigándole su ayuda, asistiéndole en todo. Sin embargo, murió prematuramente, asesinada por un tal Daiva. Este acto marcó la consumación última de su mal karma. En la historia del Budismo ella fue la primera monja. Buda hablaba de ella siempre en términos muy elogiosos y la estimaba aún más que a Mokuren. La comprendió profundamente. Sabía que en el futuro renacería para construir la Gran Vía del Mahayana. "Esta gran monja ayudó y ayudará aún a toda la Humanidad, más que podrían hacerlo diez grandes bodhisattvas."

Así cuenta Nagarajuna la historia sobre los méritos del kesa, que más tarde Dogen hizo revivir en todo su profundo valor.

Koan sexual

En su juventud, Shinran^[19] fue estudiante en la Escuela Tendai, en el templo del monte Hiei, en los alrededores de Kyoto, cerca del lago Biwa. Allí sufrió mucho, no solamente por la falta de relaciones sexuales, imposibles en un templo, sino también por la dificultad de resolver el problema de la vida. Todos los días se dirigía a pie a Kyoto, al templo de Rokakudo (o templo de las Seis Ciencias) e imploraba a Kannon, la bodhisattva de la Gran Compasión, de la gracia y del amor. Una noche que se había acostado delante de la estatua de Kannon, Shinran tuvo un sueño: Kannon se le apareció vestida con un immaculado kesa blanco brillante. Era maravillosa. En su mano derecha tenía la flor de Loto. Le dijo: —Shinran, tu destino será turbado por las mujeres... Por eso debo ayudarte, he venido para unirme a ti. Esta noche seré tuya, debemos celebrar nuestra boda, y después anunciarás nuestra unión a todos los seres humanos. Shinran estaba asombrado

por la aparición y, paralizado, fue incapaz de realizar la unión. Quiso mirarla de nuevo pero había desaparecido... Vio una numerosa multitud de seres que trepaban por una montaña. Después se disipó su sueño y se despertó.

El viento del otoño dispersa las hojas muertas

Un hombre joven amaba a una muchacha rica. Durante dos años le escribió todos los días, sin obtener nunca respuesta. Por lo que se hizo monje, y se retiró a una ermita de la montaña. Un día, algunos años más tarde, la vio llegar a su lugar de recogimiento. Arrodillándose ante él, le dijo: —Me he equivocado. Ahora he comprendido tu amor, heme aquí, soy tuya. Pero él respondió: —Es demasiado tarde. Ahora soy monje, he cortado mi amor por ti. ¡Vete! Algunos días después, descendió al valle a mendigar comida a la aldea. Los habitantes no hablaban más que de la última noticia: se ha encontrado a una mujer muy bella de cara noble, vestida ricamente, muerta en el río. "Seguramente se trata de una historia de amor que ha terminado mal." El monje comprendió, se dirigió a la tumba y allí, cantó este poema:

Cuando viniste a la puerta de mi ermita

Las hojas muertas del otoño

Yacían, rojas, en el suelo.

Después de tu partida, el viento del otoño

Las ha dispersado.

Todo es impermanente y

Mi pobre ermita es mejor que un palacio.

¿Por qué nuestros destinos no han podido encontrarse?

Antes yo sufría

Y tú estabas en paz.

Ahora he entrado en la vía de la serenidad

Y tú sufres.

Todos estos años han pasado como un sueño.

Cuando morimos

Nadie nos sigue al ataúd.

No queda nada de nuestras ilusiones:

Sufrir no sirve pues de nada, ni afligirse.

Ahora estás muerta.

Oye, simplemente, como yo,

El viento que murmura en las ramas de los pinos.

Satori eterno.

stanza>

Sin categorías

Kutsugen tenía toda la confianza y el afecto del emperador Kaioh,

el cual le había dado el puesto de gobernador de provincia. Hombre sincero, leal, íntegro y puro, era envidiado por los demás cortesanos. Uno de sus rivales, favorito de la emperatriz, hizo un complot para derrocar al emperador y erigir en su lugar al emperador del Norte. Kutsugen frustró sus planes. Por lo que la emperatriz y su favorito decidieron arruinarle. Una tarde, la emperatriz dijo a Kutsugen: —Me siento fatigada, le ruego que me sostenga... tómeme en sus brazos —y con una vocecita suave le murmuró—: Le amo, bésame, le amo... Kutsugen se negó y la emperatriz hizo gesto de desmayarse; entonces Kutsugen corrió a sostenerla; en este instante, la emperatriz comenzó a gritar: —¡Socorro! ¡Socorro! Kutsugen quiere besarme... El emperador acudió y furioso, decepcionado, le echó del palacio imperial. Kutsugen se hizo mendigo errante, viajaba de provincia en provincia. Por último llegó al lago Bekira. Allí fue reconocido por un campesino quien le preguntó: —¿Qué hace usted aquí mendigando? —¡La sociedad en este país está corrupta! —respondió—. Este país está intoxicado; mi pureza está manchada, los hombres sueñan; ¡yo soy el único que está despierto! ¡Y he sido expulsado del palacio! ¡Qué tristeza! Hay que saber que Kutsugen había sido hecho prisionero antes, junto a una joven sirvienta enamorada de él. La emperatriz y su favorito, rivales de Kutsugen, queriendo matarle, incendiaron la prisión después de haber intentado envenenarle... pero en lugar de él, había sido la joven sirvienta quien se había tomado el veneno. Por último, desesperado, se arrojó a las aguas del lago Bekira. Su cuerpo se hundió rápidamente. Tiempo después, sobrevinieron grandes desgracias en la región, la más grande de las cuales fue el asesinato del emperador y de la emperatriz por el rival de Kutsugen. Antes de morir Kutsugen había dicho: —¡Sólo yo soy puro en esta sociedad manchada! Las aguas del lago Bekira eran límpidas y transparentes. Kutsugen con su suicidio había querido unirse a esta pureza. Pero su cuerpo no flotó y las aguas del lago no pudieron disolver ni aceptar esta pureza. Recto, honesto y leal, Kutsugen sólo se había despertado a la pureza. Pero la luz de la luna ilumina todas las cosas, puras e impuras. Kutsugen no era monje, sino un hombre del mundo social, gobernador de provincia, que privado del poder, se convirtió en mendigo vagabundo. Su vida fue sin mancha. Daichi añade: "Nosotros, monjes zen, no debemos sufrir ninguna influencia, y debemos ser más sinceros, más puros, más honestos que Kutsugen... más allá de la transparencia de las aguas del lago Bekira. En nuestra sociedad existen seres así... Pero la Luna brilla sobre todas las cosas y el cielo azul está desprovisto de nubes." ¡Gran koan! Las transparentes aguas del lago Bekira no han podido resolverlo. Poema profundo y difícil.

El moco y las patatas dulces

El maestro Raisan vivía en el monte Kosan, al sur del río Yang Tsé. Se había retirado a una gruta de la que no salía nunca. Jamás se mezclaba con las gentes. El emperador, que entonces era Tokuso, sentía una gran curiosidad por la vida de este ermitaño. Deseaba encontrarse con él y le envió un mensajero. Cuando éste llegó a la gruta, Raisan estaba cociendo patatas dulces en un fuego alimentado por boñigas de vaca. Atento a la preparación de su comida, no se había dado cuenta de que su nariz moqueaba. Pero el mensajero que era un gran gobernador también, se ofendió, considerándolo como una falta de respeto.- —¡Oh, gran monje! ¡Límpiese la nariz! —le gritó. —¡No ve usted que estoy cociendo patatas dulces! —le respondió Raisan—. ¡No se preocupe del moco de mi nariz! ¡La cocción de mis patatas es más importante que su presencia aquí! ¡Deje tranquila mi nariz! ¡El moco se detendrá él solo, pero mis patatas deben estar cocidas en su punto! El gobernador se quedó con la boca abierta. No pudo replicar nada y se fue. De vuelta al palacio, contó toda la historia al emperador quien entonces expresó una viva admiración por este sabio ermitaño. (Tokuso, el nombre de este gran emperador, significa: "Fuente de la virtud".) El emperador dijo: —No necesito hacerle venir. Comprendo que no es de esos seres cobardes que huyen del mundo por miedo a ser manchado, ni de esos seres negativos que reniegan de todo y se entierran en la soledad. ¡No! Es un gran hombre profundamente atento a seguir la Vía: practicar zazen y cocer patatas dulces. A partir de entonces, el emperador le hizo su protegido y ordenó que se le ofreciera un gran campo cercano a su ermita, donde podría plantar gran cantidad de patatas dulces.

Una vocecita bajo el petate

He aquí la historia de un monje al que su amor por un muchacho volvió loco. El muchacho había muerto de una enfermedad y durante varios días el monje lloró sobre su cuerpo, acabando por devorar el cadáver. Desde entonces, sembraba el pánico por las aldeas del valle a las que descendía por las noches para comerse los cadáveres. Un maestro zen, Kwaian, que pasaba por esta aldea, decidió intentar liberar a este hombre de su demonio. Subió al templo, encontró un sitio donde dormir y se acostó para pasar la noche. Durante su sueño, el otro erró buscándole para comérselo, pero no le encontró. Por eso, al día siguiente, lleno de respeto, dijo al maestro zen. —El Maestro es un verdadero Buda... Que él me instruya en los principios capaces de liberarme. Y Kwaian le ordenó que meditara sobre los versos siguientes:

Sobre el río la Luna brilla

En los pinos sopla el viento

Fresca y pura mañana de una larga noche apacible,

¿Cuál es la razón de todo?

Al año siguiente Kwaian volvió al templo y lo encontró invadido por las hierbas y las cañas. Pero en esa noche de otoño, oyó una vocecita que murmuraba el poema. Se acercó a la silueta encogida del viejo monje, pero en el momento de tocarle, cayó hecho polvo: no quedaba más que los huesos y el viejo petate azul del monje. Kwaian hizo restaurar este templo que llegó a ser un gran templo de soto zen.

El cuenco y el bastón

Hace mucho tiempo una penosa y larga sequía hacía estragos en China, Los arrozales estaban secos y la gente sufría hambre. Se hizo venir a un célebre monje-mago, el maestro Shoko, para que usara su poder contra el dañino dragón del cielo que retenía la lluvia. Por medio de hechizos, Shoko hizo venir al rey de los dragones, después a todos los dragones del cielo y los encerró a todos en su cuenco, y la lluvia comenzó a caer abundantemente. El cuenco del monje tiene un poder mágico más allá de cualquier límite. En el transcurso de un viaje a través de China, el maestro Chü encontró en la montaña dos tigres que se peleaban furiosamente; interpuso entre los dos feroces carniceros su bastón coronado por argollas tintineantes; el combate cesó inmediatamente. Este bastón simboliza también un poder misterioso y poderoso. Estos objetos no tienen poder material, los dragones no pueden entrar en un pequeño cuenco y un simple bastón de madera no asusta a dos tigres furiosos. Tampoco tienen poder mágico, pero simbolizan el poder del buda, la esencia del zen.

¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

Cuando Yoka encontró a Eno —esta es una historia curiosa—, llegó haciendo tintinear un cascabel pequeño colgado de la cabeza de su bastón de monje, y se mantuvo de pie delante de Eno. Eno le advirtió que su comportamiento no era el de un monje.¹²⁰¹ —¡No te quedes ahí de pie y quítate la mochila de los hombros! "¿Por qué dejas tu sombrero sobre la cabeza? "¿Dónde has aprendido a estar así delante de tu Maestro? Yoka respondió: —¡Todo pasa deprisa! ¡La muerte se acerca sin tregua! ¡Tengo prisa por resolver con usted el problema de la vida! ¡No tengo tiempo que perder! El maestro Eno le respondió: —Nuestra vida es eterna. Debemos ir más allá de la muerte. Debemos ir más allá del cambio. ¿Por qué no lo haces así? ¿Por qué no conoces lo eterno? Hay que comprender las dos cosas. Tú sólo comprendes que el tiempo pasa rápido. Pero el maestro Yoka era muy testarudo en las discusiones... y al final Eno no tuvo más remedio que asentir: —Nyoze...

Nyoze... ¡De acuerdo! ¡De acuerdo!-y dio a Yoka la autenticación, lo cual le llenó de alegría. —Ahora comprendo *I Shin Den Shin*.^[21] Puedo volver a mi casa. ¡Gracias infinitamente, Maestro! Eno le dijo: —Quédate esta noche en el templo. ¿Por qué te vas tan rápido? Esa noche, por primera vez, Yoka durmió en el templo. Desde entonces Yoka tiene otro nombre: "El satori de una sola noche". Algún tiempo después escribió el *Shodoka*: "El canto del inmediato satori".

Un público de muñecos

He aquí la historia del monje zen Hótan. Hótan escuchaba la enseñanza de un maestro. La primera vez la audiencia era numerosa pero poco a poco, en el transcurso de los días que siguieron, la sala se vació; por último, un día, Hótan se encontró solo en la sala con el maestro. Este le dijo: —No puedo dar una conferencia para usted solo, y además estoy cansado. Hótan prometió volver al día siguiente con mucha gente. Pero, al día siguiente volvió solo. Sin embargo, dijo al maestro: —Hoy puede dar su conferencia. ¡He traído una compañía numerosa! Hótan había llevado muñecos pequeños y los había colocado por la sala. El maestro le dijo: —¡Pero si no son más que muñecos! —En efecto —respondió Hótan—, pero todos los que han venido aquí no valen más que estos muñecos, ninguno ha comprendido nada de su enseñanza. Solamente yo he comprendido toda su veracidad y su profundidad. Aunque hubieran venido muchas gentes, sólo serían relleno, decorado, vacío sin fondo.

El saber actuar

Una noche, un ladrón entró en una casa. El hijo de la familia se despertó y, furioso, se arrojó sobre el ladrón, pero éste logró escaparse. El hijo corrió tras de él y le atrapó. Se pusieron a pelear. El ladrón, encima del muchacho, le amenazó con un cuchillo. En este momento apareció el padre armado con un gran garrote, golpeó al ladrón, pero le golpeó tan fuerte que mató también a su hijo. Las gentes se agolparon alrededor de ellos. Llegó la policía y constató que nada había sido robado. "Tragicomedia representada por tres locos", pensaron.

¡Gracias, gracias otra vez!

En la era Meiji, vivía un monje amidista muy famoso, el maestro Kójun Shichiri. Un día, un ladrón se introdujo en su templo y le amenazó: —¡El dinero! —¿El dinero? Tengo mucho —le dio una caja llena de billetes y le dijo—: Se lo agradezco ya que tengo demasiado dinero. Justamente hoy me han dado mucho. Lléveselo, se lo ruego. El ladrón se quedó aturdido. —¿Me lo puedo llevar todo? ¿De verdad? —Desde luego, debe usted llevárselo todo. El ladrón, muy impresionado, se dispuso a partir, pero Kójun le dijo: —¡Espere, espere! Su ropa no abriga mucho y la noche está muy fría. Justamente ayer recibí de una persona fallecida un buen capote muy caliente. Se lo regalo. El ladrón lo cogió y lo metió en el saco con su dinero. —Espere un momento aún. —¡Qué! ¿Qué quiere usted darme ahora? —Ya no tengo nada más que darle; pero después de haber recibido todas esas cosas de mí, debe usted darme las gracias. Algún tiempo después y tras otros numerosos delitos, el ladrón fue detenido y confesó sus robos. Kójun fue llamado a declarar y se le confrontó al ladrón. Cuando los policías oyeron la declaración del *robo*, dijeron a Kójun: —No debe usted ayudar a los ladrones. Pero él les dijo: —No conozco a ningún ladrón que haya entrado en mi templo. —¿No conoce usted a este hombre? —Desde luego que sí. Este hombre vino un día a mi templo. Le hice un regalo y él me dio las gracias antes de irse. En ese momento, el ladrón se sintió muy impresionado otra vez, y espontáneamente dio las gracias de nuevo a Kójun. Lloró, fue muy profundamente emocionado y turbado. Esto significó para él una nueva revolución interior.

Diez mil brazos

La Kannon original es Sen ju Kannon, la Kannon de los mil brazos. Existen también: —Bato Kannon, la Kannon de cabeza de caballo. Solamente la parte alta de su cabeza tiene esa forma. —La Kannon de once caras. —La Kannon de la libertad. —Roku Kannon, con seis cuerpos, como un monstruo. —La Kannon del agua y de la Luna, o bien la Kannon de la vacuidad. —Ryuzu Kannon, la Kannon de cabeza de dragón, pero su cara no tiene esa forma. Todas estas estatuas son el orgullo del arte budista japonés. Pero unas visitantes americanas, al verlas un día, se echaron a reír groseramente. Entonces el superior del templo le preguntó a una de las americanas: —¿Tiene usted hijos? —Sí, uno solamente. —¿Qué método emplea para educarle? —Muchas técnicas me son necesarias. Entonces el superior del templo le replicó: —Cuando una madre educa a un solo hijo, necesita diferentes métodos y mucho tacto. De la misma manera para salvar a todos los seres, el buda debe tener ¡mil o diez mil brazos! La mujer se quedó muy impresionada.

Historia de un zorro

Durante las conferencias del maestro Hyakujo (célebre maestro rinzai) se hallaba siempre entre la asistencia de los monjes un hombre muy anciano, siempre atento. Una tarde se quedó solo y el maestro Hyakujo le preguntó: —¿Quién es usted? El anciano le respondió: —¡Ah! ¡Seguramente usted ha comprendido! No soy un ser humano. Hace mucho tiempo, mucho antes del nacimiento del buda, yo era el superior

de un templo situado en esta montaña, y en aquella época un monje me hizo esta pregunta: —¿El "hombre realizado caerá en la cadena kármica?"^[22] "Y yo respondí a este monje: —¡Yo nunca estaré encadenado por los eslabones de la cadena kármica! Pero después de estas palabras regresé quinientos nacimientos atrás hasta la condición de zorro^[23], mi estado actual. "Se lo suplico, pronuncie unas palabras lo bastante poderosas para cambiar este ciclo. ¡Respóndame...! ¡Ayude a mi cuerpo y a mi espíritu a ser de nuevo un ser humano! ¿El hombre que ha realizado el satori cae en el mundo del encadenamiento kármico? El Maestro respondió: —¡Fumai... Kuramasani...! ¡No escondas tus huellas! ¡No intentes escaparte del karma! Entonces el anciano tuvo el satori y se desembarazó del zorro que había en él. Antes de irse, dijo a Hyakujo: —Ahora me voy a vivir a la montaña profunda perfectamente feliz y libre. Por eso le ruego que haga una ceremonia funeraria por este verdadero monje. Al día siguiente, al mediodía, Hyakujo reunió a todos sus monjes y les anunció: —Hoy vamos a hacer una ceremonia por un monje fallecido ayer. Los monjes se miraron sorprendidos... ¡Nadie había muerto! Partieron hacia la montaña y cuando llegaron al lugar encontraron, bajo una piedra, el cuerpo de un zorro. Lo incineraron cantando el *Hannya Shingyo* y otros sutras. El maestro Hyakujo, durante una de sus conferencias, contó en detalle esta "Historia del viejo zorro". Obaku preguntó entonces al maestro Hyakujo: —El maestro anciano había expresado una palabra falsa en su respuesta. Si no hubiera respondido ¿cuál hubiera sido su renacimiento? —Obaku, acércate... ven... te lo voy a decir... Obaku se acercó y se quedó frente a su maestro. Hyakujo no dijo nada, pero Obaku, bruscamente, golpeó al maestro Hyakujo en la cara, ya que pensaba que el maestro quería golpearle primero. —Yo pensaba que era el único que tenía los bigotes y las barbas astutos del Daruma hindú, pero ahora he aquí a otro... —dijo Hyakujo y se echó a reír.

Quinientos volúmenes, tres palabras

Se cuenta que en la Persia antigua vivía un rey llamado Zémir. Coronado muy joven, se propuso el deber de instruirse.— reunió alrededor de él a numerosos eruditos procedentes de todos los países y les pidió que editaran para él la historia de la humanidad. Pasaron veinte años preparando la edición. Por fin, se dirigieron al palacio, cargados con quinientos volúmenes al lomo de doce camellos. El rey Zémir había pasado entonces de la cuarentena. —Ya soy viejo —les dijo —, no tendré tiempo de leer todos estos libros antes de morir. Por favor, haced una edición abreviada. Durante otros veinte años los eruditos trabajaron sobre estos libros y volvieron al palacio con tres camellos solamente. Pero el rey era ya muy viejo. Tenía cerca de sesenta años y se encontraba débil. —No puedo leer todos estos libros. Por favor, haced una edición más corta. Trabajaron diez años más, después volvieron con un elefante cargado con sus obras. Pero el rey tenía ya más de setenta años; medio ciego, ciertamente no podía leer. Zémir pidió una edición más abreviada aún. También los eruditos habían envejecido. Se concentraron cinco años más, y justo antes de la muerte del rey, volvieron con un solo volumen. —Voy a morir pues sin ningún conocimiento sobre la historia del hombre —dijo. El más anciano de los eruditos desde la cabecera de la cama del rey respondió: —Voy a explicarle en tres palabras la historia del hombre: el hombre nace, sufre y finalmente muere. En ese mismo instante el rey expiró.

¿Espejo brillante?

He aquí la historia de la transmisión del maestro Konin a Eno.^[24] Eno era el último de los discípulos de Konin, era analfabeto y trabajaba en la cocina del templo. Sin embargo, fue él quien recibió el shiho, la transmisión, en vez de Jinshu, el más antiguo y el más instruido de los discípulos. Eno no tenía padre y debía trabajar duramente para mantener a su madre. Cada mañana iba al pueblo a vender leña. Un día oyó cantar el "Sutra del Diamante Cortador" y fue impresionado por esta frase: *"Cuando el espíritu no se detiene en ninguna parte, aparece el verdadero espíritu"*. Yo repito a menudo que si no pensamos conscientemente, nuestro verdadero espíritu puro se manifiesta inconscientemente. Esto no puede ser comprendido por las palabras, sino que debe ser vivido por la práctica de zazen. Eno decidió hacerse monje y después de haber confiado su madre a unos amigos, se dirigió al monte Hobai donde se erguía el monasterio del quinto patriarca, Konin. Pero a causa de su origen humilde, no pudo ser monje y fue empleado en la cocina, para machacar arroz. Un día, el maestro pidió a sus discípulos que expresaran en un poema corto lo que habían comprendido del zen. Jinshu, el más sabio y el más inteligente de los discípulos, compuso este poema:

El cuerpo es el árbol de la Bodhi.

El espíritu es como un espejo brillante.

Sin cesar los desempolvamos y los limpiamos

Para que el polvo no se adhiera a ellos.

Se preparó para llevárselo al maestro a su habitación, pero, preso de una duda, prefirió clavarlo en la pared exterior del dojo. El maestro, al pasar, lo vio y después de haberlo leído, dijo a Jinshu que su poema

era bueno, y que sin duda él podía conducir a las gentes al despertar. Eno, el iletrado, pidió a uno de sus compañeros que le leyera el poema y decidió componer otro a su vez. Le dictó a su amigo:

No hay ni árbol de iluminación (Bodhi)

Ni espejo brillante

Puesto que intrínsecamente todo es vacío

¿Dónde podría depositarse el polvo?

Todo el mundo quedó muy sorprendido al leerlo, Konin igualmente. Pero hizo como si no hubiera visto nada y pretendiendo que el poema era estúpido, lo borró con su sandalia. Cuando llegó la noche, se dirigió a la cocina donde se encontraba Eno machacando el arroz y le preguntó: —¿Has terminado con el arroz? Y Eno le respondió: —Mi arroz está preparado. Está blanco pero nadie lo ha lavado. Entonces Konin golpeó tres veces sobre la madera y Eno comprendió que a las tres de la madrugada debía ir a la habitación del maestro. Konin le dio su kesa y la transmisión, después le ordenó que huyera inmediatamente del templo. El mismo se ocultó en la montaña. Al día siguiente, los monjes quedaron muy sorprendidos por la ausencia de ambos y se lanzaron en su búsqueda. Todos intrigaban para obtener la transmisión y perseguían el kesa. Eno permaneció oculto durante quince años entre pescadores, después recibió la ordenación de monje y comenzó a enseñar en el monte Sokei.

En China, un viejo cocinero

Cuando el Maestro Dogen se dirigió a China, en 1223, a la edad de 24 años, se encontró con un viejo tenzo que secaba champiñones. Hablaron y el viejo tenzo le dijo: —Joven, joven extranjero, usted no comprende el verdadero sentido de las palabras, no comprende el bendo, la práctica de la Vía. Esta respuesta de sentido muy profundo resonó profundamente en Dogen. Su espíritu fue conmocionado. En este momento encontró el verdadero zen y comprendió el gran satori. Dogen había llegado a Chang Hai procedente del Japón. Dormía en el mismo barco que le había llevado y cada mañana se sumergía en la animación del puerto. En esta época, la actividad era intensa en Chang Hai, el comercio con el Japón estaba muy desarrollado. La China importaba del Japón sobre todo los champiñones llamados *shitake*, tan apreciados en los monasterios zen por su sabor simple y su alta calidad. El sabor, en la cocina de los templos zen, ha ocupado siempre un lugar importante y constituye materia de educación para un monje. El mundo que tuvo lugar entre este anciano tenzo de sesenta o setenta años y el joven Dogen de veinticuatro, adquirió el valor de un acontecimiento histórico. Sin este mundo, Dogen no habría podido encontrar al maestro Nyojo, ni comprender a *fortiori* el verdadero zen. El sol caía y el monje se levantó para volver al templo, pero Dogen le rogó que le acompañara hasta el camarote que ocupaba en el barco, para continuar la discusión. —¿Para qué le sirven todos estos champiñones? —inquirió Dogen. —Debo cocinarlos para la comida de mañana de los monjes —respondió el viejo monje. —¿Cuándo debe usted volver al monte Kono? —continuó Dogen, impulsado por la curiosidad que le inspiraba el viejo tenzo. —Justo después de la comida. Está muy lejos de aquí, a treinta o a treinta y cinco li —respondió el anciano. —¡Está muy lejos! —exclamó Dogen—. Debe usted dormir aquí, le ruego que tome mi habitación por esta noche. ¡Quisiera oírle hablar del zen chino, oírle hablar sobre el Dharma! —¡Imposible! —contestó secamente el tenzo—. Debo cocer esta noche los champiñones para darlos mañana a los monjes. Dogen no comprendía esta respuesta que consideraba como testarudez. —¡Habrá tantos monjes que puedan hacer su trabajo! ¡Su ausencia no debe ser tan importante! —Usted no puede comprender —prosiguió el tenzo—, que el trabajo de cocinero es una tarea transmitida desde los tiempos antiguos. Esta transmisión constituye la transmisión del bendo;

ella es en sí la práctica de la Vía. Así debe ser considerado el trabajo cuya gran importancia y valor profundo se ha perpetuado desde el buda, a través de la línea de los Patriarcas hasta mí. Esta tarea no puede ser asumida por otra persona, ni ser cambiada. Mi responsabilidad es muy importante. Es impensable que yo duerma aquí. Al decir esto, el monje manifestaba su impaciencia. Pero Dogen insistió: —¿Cómo es que usted, que es tan mayor, que tiene una cara tan noble e inteligente, y una mirada que refleja profundidad y sabiduría, es solamente cocinero? ¡Yo pensaba que usted consagraría su tiempo a estudiar los sutras y a hacer zazen! ¡Y ha hecho todo este largo camino solamente para comprar champiñones! Tal era, hasta ese día, la opinión de Dogen: la cocina no era trabajo para un verdadero monje zen. Pero el viejo tenzo le dijo: —Joven monje, usted no conoce el verdadero sentido de las palabras, usted lo ignora. ¡Usted ignora el bendo...! La noche ha caído, tengo que volver. Dogen fue muy impresionado tanto por las palabras como por la actitud del monje. Más tarde escribiría: "Fui atravesado por un escalofrío y por largo tiempo quedé conmovido. Sentí mucha vergüenza." Volviéndose hacia él, el viejo monje le hizo esta última observación: —Cada una de las palabras de su mundo no son más que palabras, vocablos sin vida. Pero si usted quiere que sus palabras se vuelvan la práctica auténtica, debe comprender profundamente el valor de donin, el valor del "hombre de la Vía". A pesar de la simplicidad del lenguaje, Dogen no pudo comprender inmediatamente, pero sentía la veracidad de estas palabras y no deseaba separarse del viejo monje. Al día siguiente partió para el monte Kono. Su espíritu estaba conmovido. Sus prejuicios sobre el trabajo intelectual y el trabajo físico, que él oponía completamente, se encontraban alterados. Todas sus concepciones sufrían en ese momento las profundas repercusiones. Trabajar, desde luego, hacer ceremonia, estudiar los sutras, he aquí lo que él consideraba como la práctica de la Vía. Pero este viejo monje, venido desde tan lejos para comprar los champiñones que después cocinaría, esto superaba su comprensión actual. Sin embargo, las palabras del viejo tenzo sonaban justas y penetraron profundamente en el joven espíritu de Dogen. El maestro Dogen se dirigió al templo de Keitokuji. A mediados de julio participó en la sesshin de verano. Al final de la sesshin, el viejo tenzo tenía que volver a su pueblo natal. En el momento en el que se despedía, Dogen le hizo su última pregunta: —¿Qué son las palabras? —Uno, dos, tres, cuatro, cinco... —respondió el tenzo. —¿Qué es bendo, la práctica de la Vía? —preguntó aún Dogen. —¡La Vía existe por todas partes! —dijo el viejo tenzo. Era muy simple y Dogen se despertó. En el *Tenzo Kyo Kun*, la obra de enseñanzas destinadas a los cocineros, que más tarde escribió de vuelta al Japón, dice: "Comprendí verdaderamente, profundamente, lo que era la práctica de la Vía, gracias a las palabras del tenzo." El espíritu de Dogen, hasta este último mundo, rebosaba de dudas. La vida que había llevado en el templo Keitokuji no había

logrado borrarlas. "Yo pensaba que las palabras, los sutras eran exteriores al espíritu. Pensaba pues, que zazen y la enseñanza estaban en dos planos irremediabilmente diferentes, que la práctica de la Vía y la realización de las tareas de la vida cotidiana eran dos cosas bien separadas. Creía que únicamente zazen y la atención sobre el comportamiento justo del monje constituían la práctica de la Vía. — Todo eso no es importante —le dijo el cocinero—. Todo eso se refiere a un ideal; pero entre el ideal y la realidad, entre zazen y la sabiduría no debe haber ninguna dualidad. Pero Dogen nunca había logrado hasta el presente hacer la unidad: el espíritu de Buda y la enseñanza de los sutras, la práctica y el satori permanecían separados en el tiempo y en el espacio, y el tiempo y el espacio mismos estaban inconmensurablemente alejados. Su razonamiento era lógico: puesto que todo el mundo tiene la naturaleza de Buda ¿por qué es necesario practicar para obtener el satori? y ¿por qué hay que buscar el satori puesto que todas las existencias, desde su nacimiento hasta su muerte, poseen intrínsecamente la naturaleza del satori? A pesar de ello, el Buda mismo practicó y buscó la Vía durante seis años. Todos estos pensamientos se revolvían, se contradecían, se excluían mutuamente provocando el vértigo en el espíritu de Dogen que buscaba racionalmente la verdad. La dualidad indisoluble le sumergía profundamente en la duda. Esta contradicción fue reflejada en la primera fase del *Genjo Koan*: "Cuando todas las existencias son el dharma del Buda, hay satori o ilusión, práctica o certificación, vida o muerte, budas o seres sensibles." Esta frase se convierte naturalmente en otra: "Cuando todas las existencias son vistas como carentes de sustancia, no hay ni ilusión ni satori, ni práctica ni certificación, ni budas ni seres sensibles, ni nacimiento ni muerte." Gracias al viejo cocinero pudo comprender; la tercera frase es la resolución de la contradicción: "Originalmente la Vía del Buda se trasciende a ella misma, no hay idea de abundancia, ni de carencia, sin embargo hay nacimiento y destrucción, ilusión y satori, seres sensibles y budas. Pero aunque esto sea así, las flores se marchitan aunque se las ame y se las llore, y la mala hierba crece aunque no se la ame y se la rechace." De esta manera pudo realizar la síntesis comprendiendo que la contradicción es necesaria. La resolución de un solo aspecto no puede conducir a la perfección del satori. Por eso Dogen habla en el *Shobogenzo* de *shu-sho*: la *práctica-satori*, o *Vía-satori*; materia y espíritu, práctica y satori (realización) son unidad. Por eso el satori de zazen es infinito; *shu no sho*, el satori del zazen, no hay fin en el satori. Este punto es muy importante y de una profunda filosofía. La práctica de zazen es equivalente al satori. Es por lo que Dogen habla sin cesar de zazen.

¿Buda viviente? La postura

Mi maestro Kodo Sawaki me confió un día: —¿Por qué me ha marcado tanto el zen? No ha sido por la lectura del Shobogenzo ni de ningún otro libro, ni por las palabras de los maestros. Nada de esto marcó mi espíritu de principiante. Cuando entré en el templo de Eiheiji, era un monje muy joven. Trabajaba en la cocina. Era recadero. No podía vestir el hábito de monje. Limpiaba el dojo. A veces salía para comprar verduras, tofus, gobos (bardanas). Todos los días eran así". Pero cuando tenía tiempo, al mediodía, antes de dormir, hacía zazen. Imitaba a los monjes jóvenes del templo de Eiheiji. Mi habitación estaba muy sucia, en la cocina, muy estrecha, al lado de las verduras, cerca de los olores de los nabos y de los pepinos, del tamari y del mijo. Yo hacía zazen en esa habitación. Un día, el tenzo, el jefe de la cocina, que en el templo de Eiheiji es un personaje muy importante —ocupa la segunda o tercera posición después del superior del templo—, abrió la puerta de la habitación. "Me vio en postura e hizo un gesto de gran impresión. No hizo sampai, pero eso hubiera sido lo justo. Dio algunos pasos hacia atrás, las manos juntas en gassho, frotándolas una contra la otra, y dijo: —Esta es la verdadera postura del buda en zazen, el verdadero buda viviente. "Estaba aturdido. Este tenzo me golpeaba muy a menudo, y no pasaba un día sin que se enfadara conmigo. Pero este día, cuando me vio sentado en postura, fue completamente respetuoso conmigo. Dijo con una voz fuerte: ¡Verdadero Buda viviente!" "Entonces pensé: Únicamente la postura de zazen es el verdadero buda viviente. Es la única postura que inspira el verdadero respeto a todos. ¡Gracias a ella podré afrontarlo todo!

Notas a pie de página

[1] Shiho: La transmisión, la certificación del maestro al discípulo.

[2] Texto sagrado del zen, en "La pratique du zen", de T. Deshimaru, Ed. Seghers. (En español en "La práctica del zen", Ed. Kairós.)

[3] Kami, en japonés, tiene el doble sentido de dios y de cabello.

[4] Kito: Ceremonia para realizar un deseo.

[15] Tiro con arco.

[16] Prosternación.

[17] Sin meta ni espíritu de provecho.

[18] El "Chi" del nombre Chizo significa "depósito de la sabiduría"

[19] Kyosaku: Bastón de despertar, tradicional. El discípulo que no se siente bien en la postura de zazen puede pedir recibirlo sobre los hombros, sobre un grupo importante de meridianos de acupuntura.

[110] Naraka: Los infiernos.

[111] Samsara: En la transmigración, la perpetua repetición de nacimientos y muertes.

[112] Monje hindú, 28º sucesor en la línea de los patriarcas en India después el buda Shakyamuni, Eka fue el primer sucesor chino. Vivió en China hacia el 520 d. J.C., donde fue el fundador del Ch'an (Zen).

[113] Gassho: Saludo en el que se juntan las manos a la altura de la cara.

[114] Laúd.

[115] Kito : Oración de exorcismo.

[116] En el Zen, esto constituye un favor acordado a escasos discípulos.

[117] Jobin: Botella de agua, importante para los monjes zen, ya que les acompañaba siempre y les servía para calmar la sed o para lavarse las manos.

[118] Taiku y Shoku, en chino, significan: "Gran Ku" y "Pequeño Ku" O Zora= O: "grande". Ko; "pequeño". Zora tiene una pronunciación muy parecida a la palabra Tora: "tigre".

[119] Fundador de la secta Jodo-Shin, en el Japón, siglo XIII. Contemporáneo del Maestro Dogen. Muy famoso por su anticonformismo; se dice que tuvo muchas mujeres y unos cincuenta hijos.

[120] Cuando un monje llega delante de su Maestro, debe desprenderse de su ropa y objetos de viaje y hacer prosternaciones, saludar y arrodillarse.

[121] "De mi alma a tu alma."

[122] Karma.

[123] En Japón y en China, tradicionalmente, tener un zorro o transformarte en zorro significaba que uno estaba hechizado.

[124] Huei-Neng, en chino.